

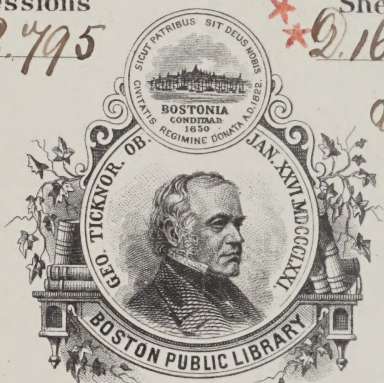
Accessions

192.795

Shelf No.

★ ★ 2.160.57

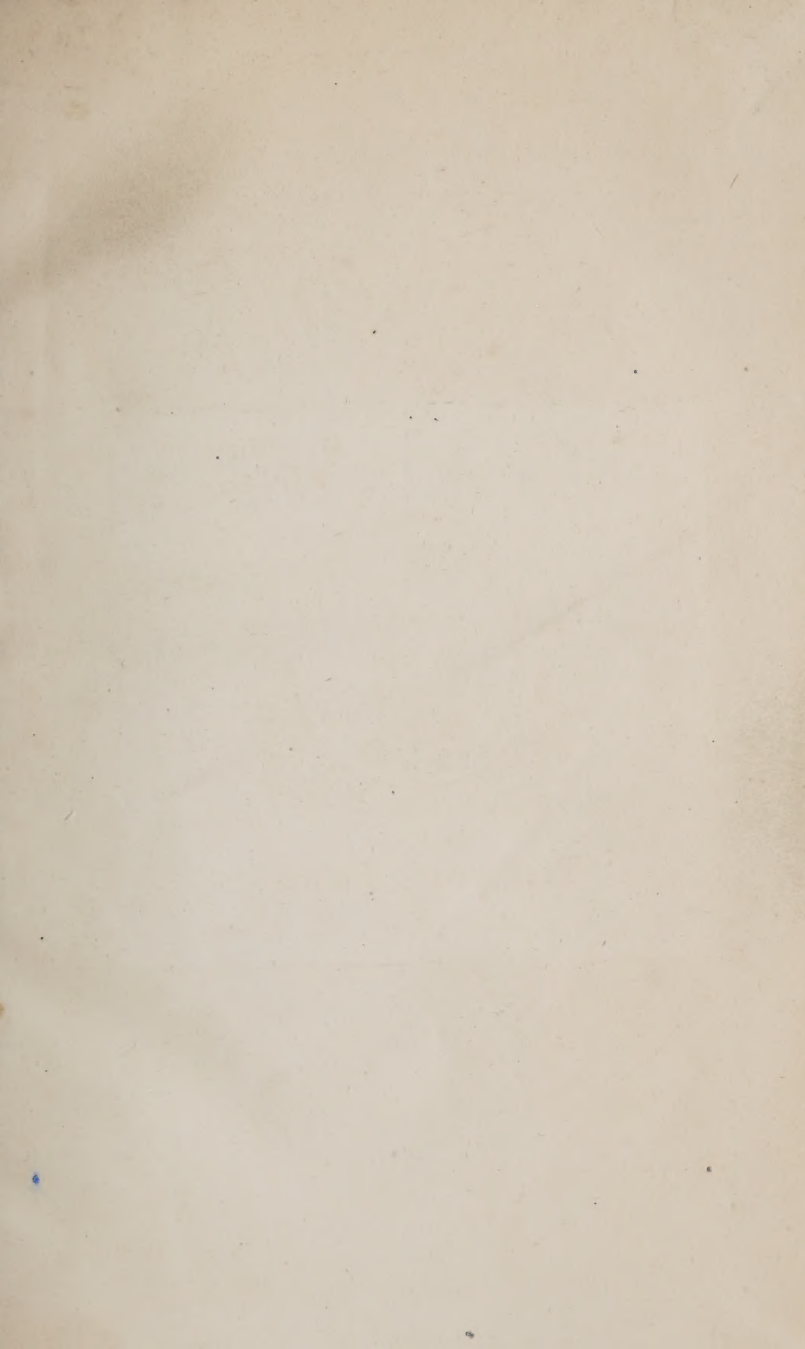
vol. 8.

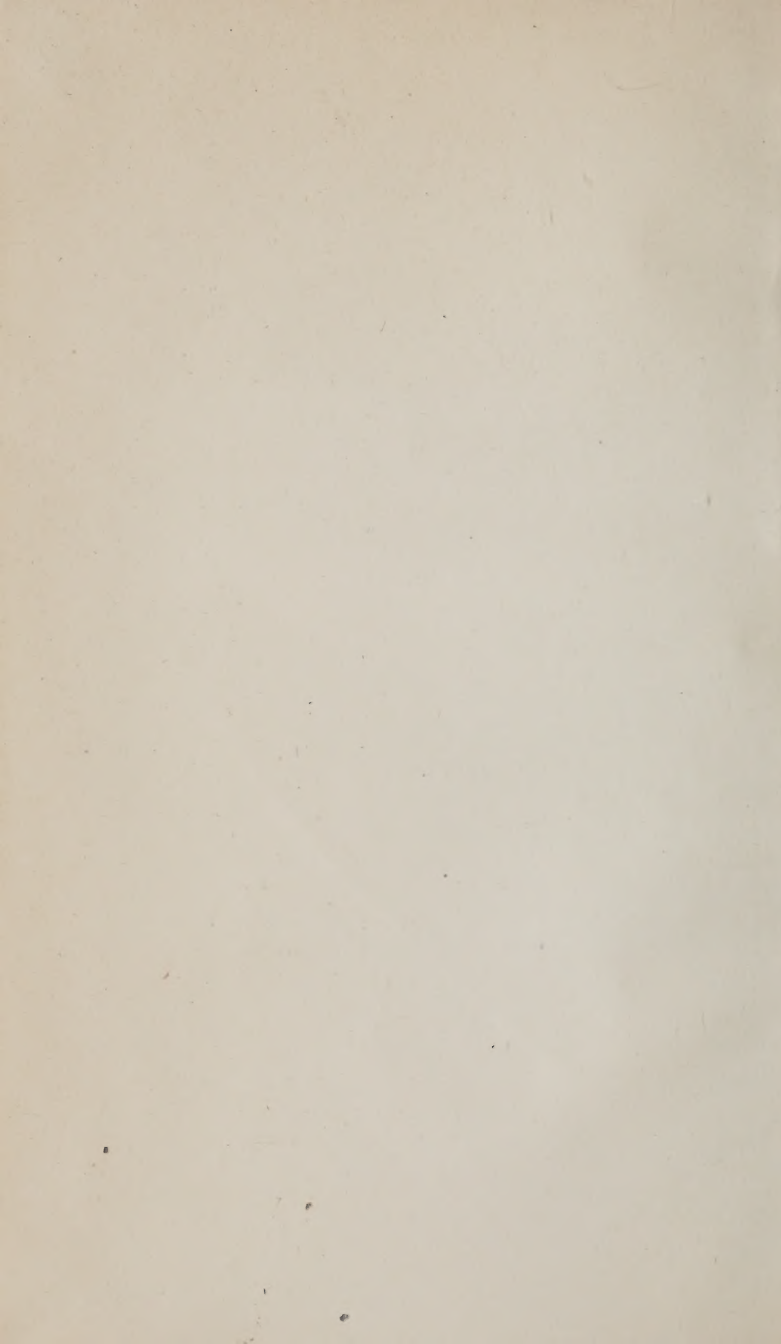



FROM THE

Ticknor Fund.

Rec'd Feb. 15, 1876







Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
Boston Public Library

POESÍAS

DE

D. José Zorrilla.



Madrid: 1837.

POESÍAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

TOMO VIII.



MADRID:

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1840.

C

D.160
57
14.8

Pic

192.795

Feb. 15, 1896

Dedicatoria

á mi amigo

D. Juan Eugenio Sartzeubusch.

Mi querido Juan Eugenio,
Mi octavo tomo publico,
Y al cabo te le dedico
En holocausto á tu ingenio.
Ve si contigo me porto,
Un cuento te he prometido
Y un tomo te doy cumplido;
No me acusarás de corto.

Otros buscan con su obra
Destinos ó proteccion;
Yo no grabo á la nacion,
Conmigo mismo me sobra.

Mientras siga el editor
Versos y libros pidiendo
Iré libros escribiendo,
Que lo tengo por mejor

Que pedir al poderoso,
Mendigar del ignorante,
Y rogar al arrogante,
Que soy yo muy orgulloso.

:

Buscar un crítico enfático
Que alabe mi obra no quiero,
Que tan bien como el primero
Puedo ser yo catedrático.

Y á mas, para entre los dos,
Los criticones de ogaño
No nos harán mucho daño,
Sabén poco ¡vive Dios!

No se echan muchas vigiliás
Hoy en críticos estudios,
Tras poquisimos preludios
Hoy de crítico te filias.

Con ir un mes á París
Y almorzar con Victor-Hugo,
Vuelves y pones el yugo
Literario á tu país.

¡Las letras estan fatales!
Vienen diciendo de allá.
Las artes... ¡lástima da!
¡No estan en el Congo tales!
¡Pues los teatros? ¡da grima!
¡Ni de talento hay destellos...!
Y escriben comedias ellos
Como maestros de esgrima.

Tajo aquí, cercen allá,
Ora á la regla, ora al gusto,
Cada escena nos da un susto,
si calambre no nos da. —

Y viendo al fin que no atinan
Por medio ninguno humano,
Cortar el nudo Gordiano
Ex cathedra determinan.

Con nuevas nomenclaturas
Sus disparates bautizan...
Y tanto la luz atizan
Que nos dejarán á oscuras.

Quien de la *escuela moderna*
Genio innovador se llama,
Barba, galan, page y dama
Despacha á la vida eterna.

(5)

Quien se dice *de la antigua*

En cánticos pobrecitos
Dé la otra cambia los gritos,
Y que da sueño averigua.

Yo que tal veo, me digo,
¡Tanto valen á fé mia!
Con qué firme en mi manía
De andar con entrambas sigo.

En lo que no hago por Dios
Mas que con maña oportuna
Tentar á la par fortuna
Por cualquiera de las dos.

Á veces de sangre un río
Vierto, en situacion acerba,
Y á veces con una yerba
Como un tonto me estasío.

Y en esto sin duda alguna
Con sesudo estoicismo
Pruebo que me da lo mismo
Por las dos, que por ninguna.

Sin embargo, de mi afán
Me daré por satisfecho
Si no te enfada lo hecho
en Montoya el Capitan.

El pueblo me lo contó
Sin notas ni aclaraciones,
Con sus mismas espresiones
Se lo cuento al pueblo yo.

Inútil es que me pidas
Para medirle compas,
El pueblo tiene no mas
El compas con que le midas.

La gente crítica y docta
Que por decidir se muere,
Califíquele si quiere
De milagro ó de anecdota.

Se me da, Eugenio, un ardite
Que lo juzgue bien ó mal,
Que lo llame obra inmortal
O de necia la acredite.

Porque segun lo que vemos,
No hay obra, y mas siendo agena,
Que sea á su juicio buena...
Con que pregunto, ¿y qué hacemos?

Escucha los silogismos
Con que vengo á deducir
Que debemos escribir
Sin miedo á nosotros mismos.

Si apenas entre unos y otros
Hay un buen libro que ojear,
Facil es de remediar,
Escribámosle nosotros.

Tal vez en el *item* demos,
Y sino damos, peores
Que los demas escritores
A fé que no quedaremos.

Y ademas, si es el placer
De los sabios *mal-decir*,
¿Si damos en no escribir
Qué mil diablos han de hacer?

Yo soy terco, y lo confieso,
Pues lo que escribo critican,
Escribo porque se pican
Y ambos roemos el hueso.

Que al cabo va convenciéndome
La esperiencia por de pronto
De que no faltará un tonto
Que se divierta leyéndome.

Y concebirse no puede
Que no tenga un solo amigo
Que aplauda lo que yo digo,
Como á muchos le sucede.

Yo sé que en ambas escuelas
Habrá quien haga á este prólogo
Allá á solas un monólogo
Como á una fluxion de muelas.

Mas yo vivo por fortuna
En tan dulce escepticismo,
Que se me importa lo mismo
Por las dos, que por ninguna.

EL CAPITAN MONTOYA.



I.

La Cruz del Olivar.

Muerta la lumbre solar
Iba la noche cerrando,
Y dos ginetes cruzando
Á caballo un olivar.

Crujen sus largas espadas
Al trotar de los bridones,
Y vense por los arzones
Las pistolas asomadas.

Calados anchos sombreros,
En sendas capas ocultos,
Alguien tomara los bultos
Lo menos por bandoleros.

Llevar, porque se presume
Cuál de los dos vale mas,
Castor con cinta el de atras,
Y el de adelante con pluma.

Llegaron donde el camino
En dos les divide un cerro,
Y presta una cruz de hierro
Algo al uno de divino.

Y es así, que si los ojos
Por el izquierdo se tienden
Sotos se ven que se estienden
Enmarañados de abrojos.

Mas vese por la derecha
Un convento solitario,
En campo de frutos vario
Y de abundante cosecha.

Echóse á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atras,
Aqui, dijo, esperarás;
Y el otro dijo: aqui espero.

Y hacía el convento avanzando
Del caballero, en la oscura
Sombra, se fue la figura
Hasta perderse menguando.

Quedó el otro en soledad,
Y al pie de la cruz sentado
Siguió inmoble y embozado
En la densa oscuridad.

Mugía en las cañas huecas
En son temeroso el viento,
Rasgándose turbulento
Por entre las ramas secas.

(11)

Y en los desiguales hoyos
Con las lluvias socabados,
Hervian encenagados
Sin cauce ya los arroyos.

Ni habia una turbia estrella
Que el monte alumbrara acaso,
Ni alcanzaba á mas de un paso
Ciega la vista sin ella.

Ni señal se apercibia
De vida en el olivar,
Ni mas voz que el rebramar
Del vendabal que crecia.

Y al hierro santo amarrados
Ambos caballos estaban,
Y alli en silencio aguardaban
A esperar acostumbrados.

Ni de la áspera maleza
Pisada al agrio rumor
Les volvió su guardador
Solo una vez la cabeza.

Un pie sobre el otro pie,
Embozado hasta las cejas,
Metido hasta las orejas
El sombrero, se le ve

Como un entallado busto
De alguno que alli murió,
Y alli ponerse mandó
Por escarmiento ó por susto.

Ni incrédulo faltaria
Que si cerca dél pasara
Medroso se santiguara
Dudando lo que sería.

Que á quien suele con la luz
Y en compañía blasfemar,
Bueno es hacerle pasar
De noche junto á una cruz.

Mas esto se quede aqui;
Y volviendo yo á mi cuento,
Digo, que dudoso y lento
Gran rato se pasó asi.

Y ya se estaba una hora
De espera á espirar cercana,
Cuando sonó una campana
De lengua aguda y sonora.

Y aun duraba por el viento
Su vibracion cuando el guia
Alguien notó que venia
Por el lado del convento.

Sacó la faz del embozo,
Y oyendo el son mas distinto,
Echóse la mano al cinto
Y *¿quién va?* el amo y el mozo

Preguntaron á la par;
Mas conocidos los sones
Asieron de los bridones
Y volvieron á montar.

Y es fama que menos fiero
El señor con el criado,
Dejóle andar á su lado
Como digno compañero.

Y este al ver cuán satisfecho
Volvió de su espedicion,
Asi la conversacion
Introdujo de lo hecho.

—¿Señor? ¿cómo está la monja?—

—¿Y cómo ha de estar, Ginés?

Atortolada á mis pies,

Y mas blanda que una esponja.—

—¿Y pensais dejarla asi?—

—¡Dejarla! ni por asomo:

No sé todavía cómo,

Mas la sacaré de alli.

Que segun lo que yo he visto.

Mas quiere la tortolilla

Volar libre por Castilla

Que estar en jaula con Cristo.—

Y aqui el recio vendabal,

En voz y empuje creciendo,

Puso lo que iban diciendo

Para escucharse muy mal.

Y ellos, temiendo que acaso

Les cogiera la tormenta,

Sacaron por buena cuenta

Los caballos á buen paso.

1870

1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

II.

Cuchilladas en la calle.

En una noche de octubre
Que las nieblas encapotan,
Ahogando de las estrellas
La escasa lumbre dudosa,
De la ciudad de Toledo
En una calleja corva
Que el paso desde el alcázar
Á Zocodover acorta,
Es fama que se apostaron
Seis hombres, que grupo forman
De una de las dos esquinas
Á la prolongada sombra.
Murmuraron por lo bajo
Algunas palabras cortas,
Cortas, porque á ellos les bastan
Bajas, por si hay quien las oiga.

Repartieronse sus puestos
Con precaucion previsorá,
Favorable á los que esperan,
Y á los que lleguen dañosa;
Y quedaron en silencio
Casi por un cuarto de hora,
Tan ocultos y pegados
Á la tapia en que se apoyan,
Tan hundidas en la niebla
Sus desvanecidas formas,
Que hubo quien pasando entre ellos
Juzgó la calle muy sola.
Caía desde las tejas
Desprendida gota á gota
La niebla que do halla sitio
Calladamente se posa.
Y alguna ráfaga errante
Con tenue voz melancólica
Cruzaba de alguna reja
Las hendiduras angostas.
Se oían de cuando en cuando
Sonar por la calle próxima
Puertas y aldabas de casas,
Pasos y voz de personas.
Mas nada á los apostados
Mueve, anima ó impresiona,
Ni voces, ni transeuntes
Parece que les importan.
Inmóviles permanecen,
Y las sospechas se ágotan
Al ver que por ellos pasan
Tanta gente y tantas horas;

Y es imposible atinar
 Con el intento que forman,
 Cogiendo la calle á espacios
 Por ambas aceras toda.
 Marcó las once un reló,
 Sonaron tardas y cóncavas
 De las once campanadas
 Las once pesadas notas,
 Y al par que en la callejuela
 Los cinco se desembozan,
 Alumbrándola por dentro
 Luz á una puerta se asoma.
 Corriéronse los cerrojos,
 Rechinó la llave sorda,
 Y un cuadro de luz voluble
 Vaciló en piedras y losas.
 Traspusieron los umbrales
 Tres bultos, y una tras otra
 Se oyeron tres despedidas
 Que murmuraron tres bocas.
 Quitó la luz el de dentro,
 Dobló á la puerta la hoja,
 Quedó en tinieblas la calle,
 Y dijeron fuera: ¡ahora!
 ¡Viles! gritó el que salía;
 Los que esperaban: *¡la moza,*
 Dijeron, *cuenta con ella!*
 Y á esta palabra traidora
 En dos pedazos la calle
 Partida, en música ronca
 Crujieron y en lid confusa
 De las espadas las hojas.

Asírla, dicen los unos;
 ¡Hija, á mi espalda! en voz torba
 Decía el recién salido,
 Que las cuchilladas dobla.
 ¡Cómo, decían los unos,
 Son dos y terneros osan!
 ¡Cómo, murmuraba el otro,
 Villanos tientan mi honra!
 ¡Mueran! dicen de una parte;
 ¡Vengan! dicen de la otra;
 Y crece de la contienda
 La confusion temerosa.
 Llueven los tajos sin tino,
 Y aunque se tiran con cólera,
 Como tirados á ciegas
 La mayor parte malogran.
 Pero valientes parecen,
 Porque se buscan y acosan
 Con terquedad tan resuelta,
 Que unos de otros se asombran.
 Dan, hieren, cubren, atajan,
 Tierra ganan, tierra cortan,
 Y al ruido de los aceros
 La vecindad se alborota.
 Sacaron luces por alto,
 Gritaron ¡fuego! ¡la ronda!
 ¡La guardia! ¡mas todo inútil!
 Porque los tajos redoblan.
 Las mismas luces que sacan
 Son de los menos en contra,
 Y por do quiera cercados
 En sus postrimeras tocan.

(19)

En esto la calle arriba
Llegó un mozo á quien abona
Por noble la larga pluma
Con que su sombrero adorna,
Que escusándose palabras
Y revelándose en obras
Echó la capa por tierra
Y por aire la tizona.
Púsose en pró de la dama
Como quien hidalgos goza
Pensamientos, y ha nacido
De noble sangre española;
Y anuncióse con tal furia
De cuchilladas, que á pocas
Tendió en la calle dos hombres
En las postreras congojas.
Y tan rápido revuelve
Contra los cuatro que afronta,
Que con una sola espada
Para los cuatro le sobra.
Con tiempo y valor apenas
Para su defensa propia,
Dijo uno de ellos: *¡á tanto
Solo el demonio se arroja!*
Y al escucharle el mancebo
Dijo con voz poderosa:
*Con una legion no basta
Para el Capitan Montoya.*
Y haciendo el último esfuerzo
La calle entera despoja
Por donde entraba á tal punto
Á todo correr la ronda.

the first of the year
the second of the year
the third of the year
the fourth of the year
the fifth of the year
the sixth of the year
the seventh of the year
the eighth of the year
the ninth of the year
the tenth of the year
the eleventh of the year
the twelfth of the year
the thirteenth of the year
the fourteenth of the year
the fifteenth of the year
the sixteenth of the year
the seventeenth of the year
the eighteenth of the year
the nineteenth of the year
the twentieth of the year
the twenty-first of the year
the twenty-second of the year
the twenty-third of the year
the twenty-fourth of the year
the twenty-fifth of the year
the twenty-sixth of the year
the twenty-seventh of the year
the twenty-eighth of the year
the twenty-ninth of the year
the thirtieth of the year
the thirty-first of the year

the first of the year
the second of the year
the third of the year
the fourth of the year
the fifth of the year
the sixth of the year
the seventh of the year
the eighth of the year
the ninth of the year
the tenth of the year
the eleventh of the year
the twelfth of the year
the thirteenth of the year
the fourteenth of the year
the fifteenth of the year
the sixteenth of the year
the seventeenth of the year
the eighteenth of the year
the nineteenth of the year
the twentieth of the year
the twenty-first of the year
the twenty-second of the year
the twenty-third of the year
the twenty-fourth of the year
the twenty-fifth of the year
the twenty-sixth of the year
the twenty-seventh of the year
the twenty-eighth of the year
the twenty-ninth of the year
the thirtieth of the year
the thirty-first of the year

—“Fadrique soy de Toledo,
Montoya, no os digo mas:
Mi honor os debo y mi hija;
Si tienen precio mirad.
Y vedlo bien. que aunque entrambos
Me demandeis á la par,
Os juro á Dios desde ahora
Que son vuestros, Capitan.”—
—“Lo hecho, dijo Montoya,
Pagado en esceso está
Con la amistad de un Toledo;
Esta es mi mano, tomad;
Hice lo que debe un noble;
No hablemos en ello mas.”—
Y asiéndola don Fadrique
Dijo: Montoya, apretad.
Tornóse despues á su hija,
Y volviéndose á nombrar
Paso le dieron y gente
Con que ir en seguridad.
Tomó cartas la justicia,
Y empezando á *justiciar*
Llevóse en prenda los muertos,
Y citó ante el tribunal
Á los testigos que hubiere,
Incluyendo al Capitan,
Quien calándose el sombrero
Replicóles:—“¡ Bien está!
Póngame, seor corchete,
Esa capa en caridad,
Y tome esa friolera
Con que entierren á ese par.”—

(23)

Y echando un bolsillo de oro
De la justicia en mitad,
Fuese, dejando en la turba
Admiracion general.

Y justamente admirado
Merece ser en verdad
Quien da tales cuchilladas
Y tales bolsillos da.

IV.

El Capitan don Cesar.

—“¡Esa gente es un tesoro!
Él generoso y valiente,
Ella hermosa; ¡y juntamente
La ofrecen pesada en oro!
¿Qué te parece, Ginés?
Cuatro millones la dan.—
—¡Gran presa, mi Capitan!
¿La aceptareis?—
—¡Facil es!—
—¿Y la monja?—
—¡Eso te aflige!
¡Buenas son ambas por Dios!
Y quien de dos toma dos
Como hombre avisado elige.

Dicen que parece mal
Que hombre de mi condicion
Viva siempre solteron
Derrochando su caudal.

Y á mí tambien me parece
Que quien tanto tiene y vale,
Pues de lo vulgar se sale
Mas de lo vulgar merece.

La consecuencia te toca;
Si una me dan y otra quito,
Que con dos puedo acreditar;
Con que, Ginés, punto en boca.” —

Esto dijo el Capitan,
Y pidiendo de vestir
Anunció que iba á salir
Á cierto asunto galan.

Colgóse al cinto la espada
De plata en doble cadena,
Tendió la negra melena
Sobre la gola plegada.

Caló el chambergo de lado,
Y retirando el espejo,
Tornó su postrer consejo
Á repetir al criado.

Doblóse este siervo fiel
En presencia del señor,
Y ganando un corredor
Cruzóle delante de él.

Abrióle de par en par,
Una tras otra tres puertas,
Que se quedaron abiertas
Mucho despues de pasar.

Vénia le hicieron gran pieza
 Siervos que al paso topó,
 Y un page tras él salió
 descubierta la cabeza.

Y á fé que se colegia
 Mirando tal homenaje
 Que era mucho personage
 Quien con tal pompa vivia.

Mas ya es tiempo, vive Dios,
 De que dé el lector discreto
 Con quién es este sugeto
 Que anda há rato entre los dos.

Sepa pues que el Capitan
 Don Cesar Gil de Montoya
 Es de las armas la joya,
 Y de las hembras iman.

Nadie se atreve á afrontallo,
 Ni hay quien resista su lanza;
 Nadie su poder alcanza,
 Sea á pie, sea á caballo.

En liza donde él se se mete
 Por empeño ó por favor
 Nunca falta justador
 Para el último ginete.

En fiesta ó lance que él entra
 Toda opulencia es escasa;
 Nadie en lo galan le pasa,
 Ni mas bizarro se encuentra.

Favorece á quien pregunta;
 Obliga á quien aconseja,

Enloquece á quien corteja,
Y avasalla á quien se junta.

Audaz con quien enamora,
Manda, zela, acosa, exige,
Y al cabo del mes elige
Nuevo amor, nueva señora.

Un filtro lleva en los ojos
Que fanatiza á quien ama,
Deleite su voz derrama,
Y fuego sus labios rojos.

Muger que cayó en su red
Su corazon dejó preso,
Que sorbe con cada beso
Un corazon cada vez.

No hay puerta que le resista
Ni reja que le desaire,
Que entra su amor como el aire,
Con solo mirar conquista.

Como un sultan opulento,
Como un Adonis hermoso,
Sin par en lo generoso,
Sin igual en ardimiento,

Sol que mata las estrellas,
La fama arrebatada toda;
Y es siempre el galan de moda
Entre las damas mas bellas.

Resuena desde Toledo
Su nombre por toda España;
Los nobles le tienen saña,
Los bravos le tienen miedo.

Los golillas le desdoran,
Los clérigos le aborrecen,

Los soldados le apetecen,
Y los villanos le adoran.

Mas á él le importa un ardite
De tan varia voluntad,
Y toma por la ciudad,
Donde le encuentra desquite.

Que no hallando ningun Cid
Ni topando una Lucrecia,
Cuantas conquista desprecia,
Mata cuantos vence en lid.

Tiene un palacio por casa,
Da fiestas por afrentar,
Que no hay quien sepa igualar
Sus profusiones sin tasa.

Sin amigos y sin deudos
Vive solo para sí,
Y le mantienen asi
Sus herencias y sus feudos.

Tan rico y gran bebedor,
No hay medida á sus deseos,
Y pasa entre debaneos
Una existencia de amor.

Y para abogar su indolencia
Y ocultar que se fastidia,
Juega sin afan ni envidia
Pedazos de su opulencia.

Si gana, sin ver recoge;
Si pierde, paga sin ver;
Y ni en ganar ni en perder
Hay medio de que se enoje.

Y segun derrama el oro
Cuando pierde ó cuando presta,

Parece que tiene puesta
Cada mano en un tesoro.

Hay quien de impío le trata,
Y juzga que es mal ejemplo
Que un page le lleve al templo
Cogin con borlas de plata.

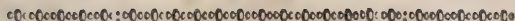
Y que es audacia inaudita
Hincarse al pie de la grada
Y esperar á una tapada
Para darla agua bendita.

Y aun corren de sus amores
Susurros por la ciudad,
Que á ser ciertos en verdad
Pueden tornarse clamores.

Que anda entre ellos una llave
Con que se abre un presbiterio...
Mas el caso es un misterio
Y la verdad no se sabe.

Él sigue ufano y galan,
Y los rumores de que hablo
Si los sabe los da al diablo
Satisfecho el Capitan.

Tal es, amigo lector,
El don Cesar de mi cuento:
Si le crees malo, lo siento;
Mas no fue mucho mejor.



V.

Insuficiencia del Poeta.

Casa don Fadrique á Diana,
Y en su palacio reúne
Cuanto hay en Castilla entera
En armas y amor ilustre.
Que es don Fadrique muy rico
Y á origen de reyes sube,
Y solo el rey le aventaja
Cuando sus empeños cumple.
Ofreció una noche su hija
En lance que aun hoy encubre
El misterio de las sombras
Á un hombre, á quien atribuye

Tantos misterios el vulgo
Como al lance que produce
El repentino consorcio
Que amor y razones une.
Mas aunque pasa la noche
Y ya su presencia urge,
El novio no está en Toledo,
Lo que á sospechas induce.
Mas buenas tiene sin duda
Razones que le disculpen,
Porque aunque le echan de menos
Nadie de falso le arguye.
Todos aguardan que llegue,
Y no hay un alma que dude
Que se hallará al dar las diez
En los salones del duque.
Que él ha marcado esa hora,
Y tal confianza infunde
Su palabra, que no hay prenda
Que mas valga ni asegure.
Prosiguen pues de la boda
Las fiestas, los brindis crujen,
Y suenan los instrumentos
Voluptuosos y dulcés.
Nunca tal gala ostentaron
Los que de grandes presumen,
Ni vió jamas tanta pompa
La asombrada muchedumbre.
Inútil es ponderarla,
Y querer pintarla inútil,
Que fiestas como esta mia
Contándolas se deslucen.

Harto lo llora el poeta,
 Mas ¡ay, que por mas que luche
 Con su voz y con su lira
 La realidad no le suplen!
 Hará que sus *creaciones*
 En bellos versos murmuren,
 Que canten báquicos himnos
 Cuando su festin concluyen;
 Podrá cuando mas se afane,
 De quien su cuento le escuche
 Lograr que se finja apenas
 El rostro, las actitudes,
 La situacion ó el carácter
 De los seres que dibuje,
 Todo ello pesado y débil
 Aunque á lo vano renuncie.
 Podrá trazar en un cuadro
 Aunque sombras se le enturbien,
 Las principales figuras
 De que su historia se ocupe;
 Mas la luz, y el movimiento,
 Y el todo que las circuye,
 La multitud, las comparsas
 Que en torno de ellas agrupe,
 Que giran, hablan, murmuran,
 Van, vienen, bajan y suben,
 Las cercan ó las desvian,
 Y con ellas se confunden,
 Y respiran con su aliento,
 Y con impulsos comunes
 Con ellas gozan, esperan,
 Rien, cantan, lloran, sufren...

¡Imposible que lo pinten
 Y en la mente lo acumulen
 Con voz, movimiento y vida
 Fácil, palpable, voluble!
 ¿Cómo contar el tumulto
 Que en un momento produce
 En un salon donde danzan
 Un lance que lo interrumpe?
 La voz de — ¡ahí está, señores,
 Ahí está! — que brota y bulle
 De boca en boca rodando
 Y en derredor se difunde;
 Y el son de las herraduras
 Del bridon que le conduce,
 Que al detenerse en el patio
 Hace que el patio retumbe,
 Que en las puertas y ventanas
 Los que bailaban se agrupen,
 Y por ver mejor se empinen,
 Se encaramen y se empujen;
 Los muchos que prodigando
 Serviles sollicitudes
 Bajan á asirle el estribo
 Porque les mire ó salude,
 Y el salon que dejan solo
 Con la alfombra y con las luces,
 Y la chimenea, en donde
 Chisporrotea la lumbre,
 ¿Con qué voz, ni con qué lira
 Se pinta ó se reproduce,
 De modo que quien escucha
 Lo conciba y no se ofusque?

¿Cómo el satisfecho porte
 Contar con que se descubre
 Al apetecido novio
 Que por la escalera sube,
 Mientras se agolpa por ella
 La aturdida servidumbre
 Y al peso de los curiosos
 Por ambas barandas cruje?
 Avanza pues; por la sala
 La gente se distribuye,
 Y este es el lance mas crítico
 Que en toda la noche ocurre.
 Corre confuso murmullo
 Y ancho movimiento cunde,
 Mientras asiendo un instante
 á sí cada cual acude.
 Quién se compone la gola,
 Quién los buelillos se sube,
 Quién desencaja una hebilla
 Porque el cinturón le ajuste,
 Quién se revienta unos guantes,
 Y del placer en la cumbre
 Las hermosas se sonrien,
 Y aunque astutas disimulen,
 La vista á un espejo tienden,
 La mano á la flor ó al bucle.
 La que gracias ó riquezas,
 Bien que la pesa, no luce,
 Busca á una bella la espalda
 Que aunque la humille, la oculte.
 Aquí asoma un pie pequeño,
 Allí unos ojos azules,

Acá una falda de encage,
 Allá un airon de tisúes,
 Aquí un cuello alabastrino,
 Y allí una mano que pule
 Un centenar de brillantes
 Que por mano y dueño arguyen.
 Todo esto en viviente masa,
 Con movimientos comunes,
 Con existencia uniforme
 Que en todo fermenta y bulle,
 Que gira ó que vaga á un tiempo,
 Se dispersa ó se reune,
 Danza ó se asoma, y el ruido
 Cesa, aumenta, ó disminuye;
 Este momento de atenta
 Y afanosa incertidumbre,
 ¿Quién lo cuenta, ó quién lo canta,
 Por mas que á la par se juntan
 La voz y el arpa, sin ver
 Que es fuerza al fin que renuncien
 La voz y el arpa humilladas
 Á empresa donde sucumben?

Desisto pues de mi empeño,
 Y aunque me da pesadumbre,
 El salon de don Fadrique
 Quien pueda que se figure.

VI.

El novio.

Todós los ojos clavados
En la puerta del salon,
Toda la gente del baile
Agolpada en derredor
En impaciente y atenta
Duda un instante quedó,
Esperando la llegada
Del venturoso amador.
Don Fadrique, Diana y todos
Los parientes que juntó
En su fiesta el noble duque,
De sus huéspedes en pós
Estan al dintel parados,
Que el danzar se interrumpió,

Y ahogaron los instrumentos:
 Su ya no escuchado son.
 Todos inciertos callaban,
 Y allá en confuso rumor
 Del novio por la escalera
 Se percibía la voz,
 Como si alguno á su paso
 Demandándole atencion
 Recibiera una respuesta
 De superior á inferior.
 —“¿Comprendistes?”—dijo al fin
 En voz clara.—“Sí señor,”—
 Repuso otra voz humilde,
 Y él á replicar volvió:
 —“La hora las dos en punto,
 La gente nosotros dos.”—
 Y de sus anchas espuelas
 Áspero compas se oyó.
 Cundió general murmullo
 De gente por el monton,
 La masa de mil cabezas
 Adelantándose hirvió,
 Moviéndose á un tiempo todas
 Para ver y oír mejor;
 Y á tal punto por la sala
 Con paso resuelto entró
 El buen Capitan don Cesar,
 Cual siempre fascinador.
 Echó los brazos al cuello
 De don Fadrique, tomó
 La mano á Diana, y besóla
 Con acendrada pasion,

Y por la estancia avanzando

En tal guisa les habló:

—“Señor duque, hermosa Diana,

Si tardé, mirad que estoy

Pronto desde este momento

Á demandaros perdon.”—

—“Capitan, en vuestra casa

Nadie exige sino vos.

Id, venid cuando os pluguiere

Sin pena y sin restriccion,

Que en todo lo que gustareis

Nos dareis gusto y honor.”—

—“Pues cuando os venga en agrado,

Señor duque, la ocasion

Del notario aprovechemos,

Con la ley cumplamos hoy,

Y atendiendo á ambos mandatos

De justicia y religion,

Hoy nos casarán las leyes,

Mañana temprano Dios.

¿Os place?”—

—“Sí, por mi vida.”—

—“¿Y á vos, Diana?”—

—“¿Tengo yo

Mas voluntad que la vuestra,

Mi esposo y libertador?”—

—“Pues de ese modo abreviemos,

Que aunque por ello afliccion

Siento en el alma, esta noche

Aun mi ausencia no acabó.”—

Volvióse á tales palabras

El duque, y conversacion

Siguieron de esta manera :

Por lo bajo ambos á dos.

—“Don Cesar, ¿ llevais espada? —

—Solamente á precaucion,—

—Sabeis, Capitan, que os debo:—

—Gracias, duque; aunque de honor,

No es asunto de estocadas,

Sino de tiempo.—

— ¡ Por Dios

Que tomara por agravio

Que en caso de esposicion .

Reclamarais el auxilio

De otro que no fuera yo!—

—Dormid sin cuidado, duque,

Que en todo evento hombre soy,

Y os despertaré mañana.

Volved esta noche vos

Al baile desde la mesa,

Danzad, duque, sin temor,

Y no os acordeis de mí

Hasta que despunte el sol.”—

Y así el Capitan diciendo

La mano de Diana asió,

Y á otro aposento pasaron

Con toda la gente en pós,

Firmáronse alegremente

Los contratos en union,

Volvióse á la danza luego

Y á la mesa se volvió.

El duque estuvo gozoso,

El Capitan decidior,
Y Diana hermosa y radiante
Y hechicera como el sol.
Y aunque no faltó un misántropo
Que admirado se mostró
Y auguró mal de esta boda,
Cenando como un leon,
Desde la cena, la danza
Tercera vez empezó,
Mas que nunca bullicioso
Y pacífico el salon.
Mas justo será añadir
Como fiel historiador,
Que mientras seguia el baile
Y de los brindis el son,
El Capitan y Ginés
Salian al dar las dos
De la empinada Toledo
Por las puertas del Cambron.

VII.

Doña Inés.

Cerraron en un convento
A doña Inés de Alvarado,
Y obraron con poco tiento,
Porque jamas fue su intento
Tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,
De noble estirpe nacida,
Pensó libre mariposa
De volar de rosa en rosa
Por el jardin de la vida.

Con dos ojos que hallan poca
La luz del brillante sol
Y una mente inquieta y loca
¿Quién puso bajo una toca
Corazon tan español?

¿Qué valen las celosías
Que la aprisionan el ver,
Si en sus bellas fantasías
Adora todos los días
Sus delirios de muger?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!
Que algunos doctores viejos
Nieguen el mundo para ella
Si presintiéndose bella
Se encuentra con los espejos?

¿Y qué la importan los sones
Del salterio sacrosanto,
Si las lindas tentaciones
De otros dios y otras canciones
Se la acuerdan entre tanto?

¿Cómo abrazar las espinas
Del ayuno y la oracion,
Cómo exigencias divinas
Si hay otras que estan ladinas
Punzándola el corazón?

¿Para qué son sus sentidos
Si de nada han de gozar?
¿Qué fue para los nacidos
El mundo á que son venidos
Si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos
 Los mal mutilados rizos,
 Sino ha de prender en ellos
 Una flor, que hará mas bellos
 Sus ojos antojadizos?

Do quier que su sombra alcanza
 Curiosa va tras su sombra
 Con afanosa esperanza,
 Y el pie se ensaya en la danza
 Do quiera que halla una alfombra.

Do quier que hablan de virtud
 La causa secreta estudia
 De su secreta inquietud,
 Do quier que encuentra un laud
 Un himno de amor preludia.

Tal vez á solas mirando
 De su mansion los cerrojos
 Las horas pasó soñando,
 Y se encontró despertando
 Con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana
 Al ver la inmensa campiña
 Donde cruza una aldeana,
 Trocar su sayal de lana
 Quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja
 Y al bordar un santo nombre
 La santa labor estruja;
 Que audaz tentación la empuja
 Á delinear el de un hombre.

Y así se la van los días
 En suspirar y gemir,
 Por las bóvedas sombrías
 De las largas galerías
 Que la habrán de ver morir.

Y sus ojos se marchitan,
 Y sus labios palidecen,
 Y sus pies se debilitan,
 Y sus delirios la irritan,
 Y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! que al abrir un convento
 Á doña Inés de Alvarado
 Obraron con poco tiento;
 Que bien se ve que su intento
 No la llamaba á su estado.

¿Pero qué han visto sus ojos,
 Que serenos y radiantes
 Há días que sin enojos
 Moderaron los antojos
 Tras de que corrieron antes?

Ella que ayer esquivaba
 Del templo el cantar sonoro
 Y la oracion la cansaba,
 Hoy de rodillas se clava
 Ante las rejas del coro.

Ella que ayer distraida
 Asistia al gran misterio
 Del Redentor de la vida,
 Hoy no quita embebecida
 Los ojos del presbiterio.

Ella que ayer con el son
 Del importuno esquilon
 Dejaba el lecho tardía,
 Hoy madruga con el dia
 Y adora la creacion.

Ella que ayer descuidada
 Olvidaba sus labores,
 Hoy noche y dia afanada
 Multiplica delicada
 Sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento
 Ofrendas del sentimiento
 Bajo formas infinitas,
 Sus labores esquisitas
 Que orgullo son del convento.

Mutacion inesperada

Que á sus hermanas admira,
Y la oveja descarriada
 (Dicen) *del pastor llamada*
Ya á su redil se retira.

Ya vuelve al dulce reclamo
De la dulce compañía
Y á los cuidados de su amo
La blanca oveja que huía
Tan salvaje como el gamo
Nacido en la selva umbria.

Y en secretas reuniones
 Dándose la enhorabuena
 Doblaban las oraciones
 Pidiendo á estas intenciones
 Perseverancia serena.

¡Impertinencia importuna!
 ¡Oh necias sin duda alguna
 Las pobres siervas de Dios
 Sino alcanzásteis ninguna
 Lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto
 Su tez la color recobra,
 Sus ojos brillo y encanto...
 ¿Y pensais que el fuego santo
 Tales maravillas obra?

¿Pensais que el alma prensada
 En la seca soledad
 Vuelve á una niña apenada
 La pura tez sonrosada
 Y el contento y la humildad?

¡Oh! necias, que sin recelos
 Cubrís el mundo y los ojos
 Con vuestros benditos velos,
 Cuando á la luz de los cielos
 Se ven muy mal sus abrojos.

¡Necias! la blanca ovejuela
 Que se vuelve á su pastor,
 Y cuya vuelta os consuela,
 Es tórtola que se vuela
 Al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban
 Clavados en el altar,
 El altar no contemplaban,
 Que otros ojos no cesaban
 Sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden,
 Pero pese á los cerrojos
 Lenguas en ojos residen,
 Y los espacios se miden
 Con las lenguas de los ojos.

(50)

Un hombre la contemplaba ,
Y un hombre la devoraba
Con sus ardientes pupilas ,
Y doña Inés se abrasaba ,
Y vosotras... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su esceso ,
Ni de la reja á una esquina
Visteis que perdido el seso
Tendió la mano , y que un beso
Crujió en la mansion divina.

Ni visteis que en vez de andar
Al toque de los maitines
Desde su celda al altar ,
Solia mas tarde entrar
Al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una
Que del paseo celosa
Abriese ventana alguna
Y viese huir con la luna
Una sombra sospechosa.

Ni hubo ningun jardinero
Que al primer canto del gallo
Viese acercarse rastrero
Un rondador caballero ,
Que atrás dejaba un caballo.

(51)

Ni os ocurrió que sus flores ,
Sus vistosos ramilletes
Que encontraban compradores,
Pudieron de sus amores
Guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiando
El sueño de la tornera
Las llaves manosẽando,
Abierta aficion mostrando
Del manojo á la tercera.

¡Oh ! que al abrir un convento
Á doña Inés de Alvarado
Obraron con poco tiento ,
Pues ni han mirado su intento ,
Ni en el Capitan pensado.



VIII.

Aventura inesplicable.

Tras grave asunto, á juzgar
Por lo que van espoleando,
Corren dos hombres cruzando
Á caballo un olivar.

No está la noche muy clara,
Mas bien se ve al pie de un cerro
Una cruz grande de hierro
Que dos caminos separa.

Y de advertir facil es
Aun á los ojos peores
Que son dos los corredores,
Y los caballos son tres.

Echó pie á tierra el primero;
 Y al dar la brida al de atras
 Le dijo:— aqui esperarás;—
 Y el otro dijo:— aqui espero.—

Y hácia el convento avanzando,
 Del caballero en la oscura
 Sombra se fue la figura
 Hasta perderse menguando.

Y aqui ¡ó mi lector amigo!
 Fuerza será que convengas
 En que es preciso que vengas
 Hácia el convento conmigo.

Sigue mi camino pues,
 Y de una verja detras
 Un átrio acaso hallarás
 Á pocos pasos que des.

Sube tres gradas, si puedes,
 Da un paso mas, y con él
 Tocarás en el cancel,
 Donde es fuerza que te quedes.

¿Ves un hombre que embozado
 Encorvando la figura
 Por la estrecha cerradura
 En mirar está ocupado?

Acércate sin temor,
 Que lo que alcanza por dentro
 No hace temible el encuentro
 Del Capitan reñidor.

Tú, lector, preguntarás
 ¿Con que el Capitan es ese?
 El mismo, mas que te pese,
 Pero hazte un poquito atras,

Porque levántando el brazo
Empuja á espacio la puerta.
Entró, y dejándola incierta
Sopló el aire y dió un portazo.

Mas veo, lector, que dices,
Sin que pueda replicarte,
Que esto es llamándote darte
Con la puerta en las narices.

Mas tu impaciencia sosiega,
Todo lo presenciarás,
Que del poeta á eso y mas
El poder mágico llega.

Está el Capitan en pie
En medio de la ancha nave,
Y á la verdad que no sabe
Ni qué pasa, ni qué ve.

El templo mira enlutado
Con lúgubre terciopelo,
Mucha gente haciendo duelo,
Y un féretro en medio alzado.

Vense en el paño del túmulo
Entrelazados blasones,
Y á la luz de los blandones
Un cadáver en su cúmulo.

Monges le rezan en coro
Tristísimos funerales,
Y le alumbran con ciriales
Pages de libreas de oro.

La muchedumbre que asiste,
Y que la tumba rodea,
Dado que bien no se vea
Se ve que de noble viste.

Y parece que al bajar
 El que ha finado á su nicho
 Memoria tuvo capricho
 De su opulencia en dejar.

Y al par que su eterna calma
 Las oraciones consuman,
 Mirras y esencias perfuman
 La despedida del alma.

Música triste le aduerme,
 Salmodias le santifican,
 É hisopos le purifican
 El cuerpo que yace inerme.

Mas aquellas oraciones
 Y responsorios precisos
 Llevan de anatema visos
 Y planta de maldiciones.

Á veces son sus compases
 Hondos, siniestros, horribles,
 Murmurando incomprensibles,
 Negras é incógnitas frases.

En son lento, ronco y quedo
 Se hacen oír otras veces,
 Y entonces aquellas preces
 Hielan los huesos de miedo.

Otras semejan ahullidos
 Discordes, desesperados,
 Lamentos de condenados
 De los infiernos salidos.

Otras lejanos rumores
 Cual de tormentas se escuchan,
 Ó de ejércitos que luchan
 Los espantosos clamores.

Y siempre siendo los mismos
 Los sones que se levantan,
 Responsos á un tiempo cantan
 Y murmuran exorcismos.

Atónito de la escena
 Estraña y aterradora
 Que encuentra tan á deshora
 Y le asombra y enagena,

Don Cesar con paso lento
 Entre la turba mezclado
 Dirigióse á un enlutado
 Que oraba en aquel momento.

— “*¿Quién es el muerto, sabeis,*
 (Dijo) *á quien rezando estan?*” —
 Y él respondió: — “*El Capitan*
Montoya: ¿le conocéis?” —

Mudo quedó de sorpresa
 Don Cesar oyendo tal,
 Mas no lo tomó tan mal
 Como tal vez le interesa.

Volvióle la espalda pues,
 Diciendo: *Me ha conocido,*
Y burlárseme ha querido;
Mas luego verá quién es.

Siguió la iglesia adelante,
 Y una capilla al cruzar
 Vió un sepulcro preparar
 Entre otros varios vacante.

Y á un personage que halló
 De luto, y que parecia
 Que él trabajo dirigia,
 El Capitan se acercó.

—“¿Para quién abren la hoya?”—

Le dijo; y el enlutado

Le contestó decontado:

—“Para el Capitan Montoya.”—

Mudósele la color

Á don Cesar; mas repuesta

Su calma, al de la respuesta

Volvió entre risa y furor.

Miróle de arriba abajo,

Pero no le conoció;

Segunda vez le miró,

Pero fue inútil trabajo.

Ni recordó que quizás

Le hubiese visto la cara,

Ni imaginó que la hallara

Tan repugnante jamas.

Que encontró en ella tal gesto

De aterradora hediondez,

Que por no verla otra vez

Dejó caviloso el puesto.

Fuese á otro punto á situar

Diciendo: —“¿Ese hombre estremece!”

De aquel sepulcro parece

Que le acaban de sacar.”—

Uno tras otro se puso

Á contemplar los que via,

Mas á nadie conocia

De lo que andaba confuso.

Tenian todas las caras

Descoloridas y secas,

Y dijeran que eran huecas,

Á mas de antiguas y raras.

Cansado de fiesta tal,
 Y á impulso de una aprension,
 Llegóse á un noble varon
 Que oraba con un cirial.
 Cabe él la rodilla apoya,
 Y dícele ya con miedo:
 —“¿Quién es el muerto?”—y muy quedo
 Contestó el otro:—“*Montoya.*”—

Del catafalco á los pies
 Llegó entonces decidido
 De aquella duda impelido
 Á ver el muerto quién es.

Por los monges atropella,
 Trepá al túmulo, la caja
 Descubre, áse la mortaja,
 Y él mismo se encuentra en ella.

Miró y remiró, y palpó
 Con afán hondo y prolijo,
 Y al fin consternado dijo:
 ¡Cielo santo, y quién soy yo!

Miró la vision horrenda
 Una y otra y otra vez,
 Y nunca mas que á sí mismo
 En aquel féretro ve.
 Aquel es su mismo entierro,
 Su mismo semblante aquel:
 No puede quedarle duda,
 Su mismo cadáver es.

En vano se tienta ansioso;
 Los ojos cierra, por ver que
 Si la ilusion se deshace,
 Si obra de sus ojos fue.
 Ase su doble figura,
 La agita, ansiando creer
 Que es máscara puesta en otro
 Que se le parece á él.
 Vuelve y revuelve el cadáver
 Y le torna á revolver;
 Cree que sueña, y se sacude
 Porque despertarse cree,
 Y tiende el triste los ojos
 Desencajados do quier.
 Mas ¡nuevo prodigio! mira
 Á las puertas, y al dintel
 Ve que despiden el duelo,
 De duelo enchidos tambien,
 Don Fadrique y doña Diana,
 Que arrastran luto por él.
 Baja, les tiende los brazos,
 Les nombra, cae á sus pies;
Miradme, les dice atónito,
Montoya soy, vedme bien.
 Y ellos le miran estúpidos
 Sin poderle conocer,
 É inclinando las cabezas
 Replican:— *Montoya fue.*—
 Entonces desesperado
 Con angustia tan cruel
 Vase otra vez hácia el muerto
 Demandándole quién es.

—“¿No hay quien sepa aquí quién soy?

¿No hay á salvarme poder?”—

Y allá desde el presbiterio

De las rejas al través,

Oyó una voz que decia:

—“*Sí, te conozco, mi bien:*

Abre; ¿qué tardas? partamos:

Yo soy tu amor, soy tu Inés.”—

Y los brazos le tendia

La de Alvarado tambien

De la reja tentadora

Tras el cuádruple cancel.

Mas viéndola cual espectro

Que le persigue á su vez,

Gritaba él:—“*Aparta, aparta;*

¿Que soy cadáver no ves?”—

Y apenas palabras tales

Pronunció, cuando tras él

Vió llegarse aquel fantasma

Cuyo gesto de hediondez

Le hizo miedo, y no le pudo

Recordar ni conocer.

Contemplóle de hito en hito,

Le asió del brazo despues,

Y así con voz espantosa

Vió que le dijo:—“*¡Pardiez!*

Tú eres quien cambia conmigo,

Á mi sepultura ven.”—

Y á esta horrorosa sentencia,

Ya sin poderse valer,

Cayó en el suelo Montoya,

Falto de aliento y de pies.

—“¿Dónde estoy? ¿qué es de mi vida?
¿Respiro aun?”— Esclamó
Montoya abriendo los ojos
Con desfallecida voz.

—Señor, estais en mis brazos.—

—¿Eres tú, Ginés?—

—Yo soy.—

—¿Dónde estamos?—

—En la cruz.—

—¿Del olivar?—

—Sí señor.—

—¿No estuve yo en el convento?

¿Pues quién de allí me sacó?—

—Yo fuí, señor.—

—¿Tú, Ginés!—

—Perdonad, temí por vos,

Y viendo que el tiempo andaba

Y ni seña ni rumor

Esperanza me infundian,

Tras vos eché.—

— Santo Dios:

¿Y llegastes...—

— A la iglesia.—

— ¿Atraído por el son?—

— Señor, no he oído nada;

¿No os lo dije?—

— ¿Cómo no?

¿Dentro la iglesia no viste

Los enlutados en pós

De mi cadáver?—

Miróle

Absorto de admiracion

El mozo, y dijo:

— Soñamos,

Ó vos, don Cesar, ó yo.

Ni vi, ni oí cosa alguna.—

— ¿Con que es mía esa vision?

¡ Á mis ojos solamente

Horrenda se presentó!

¿No viste conmigo á nadie?—

— Os juro á mi salvacion

Que solo os hallé, tendido

Al pie del altar mayor;

Y viendo el peligro doble

Del sitio y la situacion,

Ni me detuve á pensar

Si estabais herido ó no;

Cargué con vos, y me vine;

Ni oí ni vi mas, señor.—

Calló Ginés, y don Cesar

À estas palabras quedó
Distraido y abismado
En honda meditacion.
Mirábale de hito en hito
Ginés, que aterrado vió
De la faz del Capitan
La estraña trasformacion.
Desencajados los ojos,
Palidecido el color,
Torbo el mirar, parecia
Mas que vivo, aparicion.
Sentado en el pedestal
De la cruz, do él le posó,
Inmóvil permanecia
Sin fuerza y sin intencion,
Amarrado á un pensamiento
Que bullia en su interior,
Y que se via que todas
Las potencias le absorvió,
Como quien mira aterrado
Negra y horrible vision
Que le borra de los ojos
Cuanto existe en derredor.
Temeroso el buen criado
Por su juicio y su razon,
Dirigióle atentas frases
Con afan consolador.
Mas él ni tornó los ojos
Ni á sus voces respondió,
Ni agradeció sus cuidados,
Que en nada puso atencion;
Y al cabo de largo trecho

(65)

Con repentino vigor,
Levantándose en silencio
En su corcel cabalgó.
Hincóle los acicates,
Y el poderoso bridon
Tras un peligroso brinco
Á todo escape salió.
Santiguóse el buen Ginés,
Y en su ruin supersticion
Dijo: — “¿ Si tendrá los malos? ” —
Y á escape tras él echó.



IX.

Por una puerta secreta
Que de los salones sale
Á un secreto gabinete,
Puede á estas horas mirarse
Á don Fadrique y don Cesar
Que pálidos los semblantes
Plática tienen trabada
De asunto en verdad muy grave.
Demanda con vehemencia,
Don Fadrique, y contestarle
Resiste el otro, en su empeño
Ambos por demas tenaces.
El Capitan asentado
En un sillón torbo yace
Guardando, pésele al otro,
Un silencio inalterable.
Y don Fadrique colérico
En pie á su lado, las frases

:

Le dirige mas violentas
 Que halló para provocarle.
 Dejábale el Capitan
 Que la ira desahogase,
 Como si con él no hablara
 Ni pudieran escucharles.
 Y al fin, de calma en su cólera
 Aprovechando un instante
 Dirigióle la palabra
 Con razones semejantes :
 —“Todo es inútil, denuestos,
 Súplicas, amagos, ayes;
 El mundo entero no puede
 Á que os lo diga obligarme.
 Un secreto es que conmigo
 Quiero que al sepulcro baje,
 Y no ha de saberlo nunca
 Desde el sol abajo, nadie.
 Si es sueño ó delirio mio,
 Quiero de él aprovecharme;
 Si es un aviso del cielo,
 Es imposible escusarle.”—

Tornó al silencio don César,
 Y el duque, que aunque no alcance
 La razon, sospecha alguna,
 Díjole sin ira casi:
 —“Don Cesar, noble he nacido,
 Y por mucho que yo os ame
 Llevar no puedo en paciencia
 Sin una excusa un desaire.
 Por misterioso ó fatal,
 Por precioso ó repugnante

Que el secreto sea, ¿creeis
 Que no sabré yo guardarle? ” —
 — “Sabeis quién soy, don Fadrique,
 Y por escusa esto baste,
 Que no hablaré mas en ello
 Si santos me lo rogasen. ” —
 Y aqui ya de don Fadrique
 La cólera desbordándose,
 Dijo al Capitan Montoya
 Con voz resuelta y pujante:
 — “; Vive Dios, señor don Cesar,
 Que esto no es mas que un ultraje
 Que hacer quereis á mi casa,
 Y que está pidiendo sangre!
 Si no podeis el motivo
 Descubrirme que deshace
 Vuestra boda, satisfecho
 De un modo ó de otro dejadme. ” —
 — “Señor duque, ya está dicho.
 Si lo dejo de cobarde,
 Pues que me debeis la vida
 Nadie como vos lo sabe.
 Pero os juro que aunque osado
 Llegueis hasta abofetearme,
 No hareis que por causa alguna
 La espada mas desenvaine,
 Ni mas me la he de ceñir,
 Ni mas me harán que la saque
 Cuantas honras y razones
 En el universo caben.
 Mirad, señor don Fadrique,
 Si el secreto será grande,

Y pues veis á lo que obliga,
 Si hidalgo sois respetadle.”—
 Callaron ambos á dos,
 Y continuaron mirándose
 Como hombres en sus propósitos
 Igualmente imperturbables.
 Al fin dijo don Fadrique
 Por la estancia paseándose,
 Como quien duda si debe
 Satisfacerse ó vengarse:
 —“Señor Capitan Montoya,
 Vida y honor me salvásteis
 Una noche, y aunque en esta
 Me los habeis vuelto tales
 Que no será mucho tiempo
 Á restablecerlos facil,
 Váyase lo uno por lo otro,
 De nada quiero acordarme.
 Estamos en paz, don Cesar.”—
 Y continuó paseándose,
 Y atarazándose un labio
 Hasta revocar la sangre.
 Entonces el Capitan
 Con paso medido y grave
 En mitad del aposento
 Fue decidido á encontrarle;
 Tendióle la mano y dijo:
 —“Pensad, duque, si es bastante
 Á dejaros satisfecho
 De este misterioso ultraje
 Mi resolucion postrera:
 Tomad, señor, esas llaves;

De mis inmensos tesoros
 Haced con justicia partes:
 Una á Ginés por servirme,
 Con cuantos muebles hallare;
 Un hospital ó convento
 Fundad con otra, si os place,
 Y otra á don Luis de Alvarado,
 Que gana la apuesta infame
 Que hice de robar á Dios
 La mejor prenda al casarme.
 ¿ Me comprendéis, señor duque ?
 Obedecedme y dejadme.
 Entregad al de Alvarado
 Lo que hoy de perder me place;
 Pero cuidad, don Fadrique,
 Que no sepa el miserable
 Que era Inés, su propia hermana,
 La prenda que iba á jugarse.” —
 Y así el Capitan diciendo
 Un pliego sin letras ase,
 Escribe algunas palabras,
 Lo firma, lo sella y parte.

Quedó don Fadrique atónito,
 Ginés rompió en voces y ayes,
 Y en llanto amargo, que al punto
 Cambió en lágrimas el baile.
 Cundió la noticia rápida,
 Y el escándalo fue grande,
 Aunque al culpar los efectos
 No acierta la causa nadie.

X.

Hechos y congeturas.

Todo era hablillas Toledo,
Y todo interpretaciones,
Cada cual forjó un enredo,
Y hablaron todos con miedo
De espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron
Por Toledo al Capitan,
Mil fábulas le colgaron,
Y los que las inventaron
Por hechos las creen y dan.

Quién dijo que anocheciendo
Le vió desde un corredor
Allá en los aires cerniendo
Un cuerpo alado y horrendo
Cual fue bello el anterior.

Quién dijo que un día oraba
Ante un devoto retablo,
Y vió al Capitan que daba
Ayuda y defensa brava
Contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que don Fadrique
Á su escribano mandó
que en su nombre ratifique,
Firme, selle y testifique
Lo que don Cesar firmó.

Que se partió su tesoro
Algunos dias despues,
Que se dió á los pobres oro,
Y que rico como un moro
Partió á la corte Ginés.

Ni mas descubrirse pudo,
Ni puede decirse mas,
Y este es el hecho desnudo,
Pábulo, origen y escudo
De las mentiras de atras.

Mas hay entre todas una
Que fábula ó tradicion
En escritura oportuna
Encontrarla fue fortuna
Separada del monton.

El vulgo á su vez la cuenta
 Como innegable verdad ,
 Y de quien dudarla intenta
 Dice que de Dios atenta
 Al poder y magestad.

Yo trovador vagabundo,
 La oí contar en Toledo,
 Y de aquel pueblo me fundo
 En la razon, y así al mundo
 Contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré ;
 Como á mí me la contaron
 Fielmente la contaré,
 Y á ser falso, juro á fé
 Que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,
 Cada cual lleno á su vez
 De azares y desengaños,
 Mas á nuestro cuento estraños
 No hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron
 De hervir en la muchedumbre;
 Diana y otras se casaron;
 Y en fin, segun es costumbre,
 Al que murió le enterraron.

(76)

Y del mar de su destino
Ya pronto á romper el dique,
Diz que al linde del camino
De la vida, don Fadrique
Pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable
Con la faz descolorida
Vino un varon venerable
Al duque á hacer tolerable
La tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,
Y cuando á solas quedó
Con el noble moribundo,
La religion con el mundo
Asi plática entabló.

MONGE.

¿Don Fadrique?

DON FADRIQUE.

Bien venido,
Padre; concluyendo estoy.

MONGE.

Á ayudaros he venido
Á ir en paz; prestad oido
Á lo que deciros voy.

"Ha diez años que arrastrado
 Por intencion criminal
 Hollé de un templo el sagrado
 Y á Dios me sentí llamado
 De una vision infernal.

Los muertos vi que salian
 De las urnas sepulcrales
 Y blandones me encendian,
 Y con gran pompa me hacian
 En vida los funerales.

Vision de los cielos fue;
 ¿Mas quién creyera mi historia?
 Á contarla me negué,
 Y haberla determiné
 Encerrada en mi memoria.

Tan solo existia un hombre
 Á saberla con derecho;
 Porfió, porfié; y no os asombre,
 No me la arrancó del pecho:
 Don Fadrique era su nombre.

Mas lo que escusar no pude
 Al noble á quien ofendia
 Vengo, y ¡asi Dios me ayude!
 Á que mi razon escude
 La fé de vuestra agonía."

Y esto el buen monge diciendo
 Cayó ante el lecho de hinojos,
 Las manos del duque asiendo,
 Quien sus palabras oyendo
 Al monge tornó los ojos.

Contemplóle de hito en hito
 Con acongojado afán,
 Y exclamó al fin con un grito:
 "¡Sois vos! ¡Dios santo y bendito!
 Abrazadme, Capitan."

Y los brazos enlazaron,
 Y á solas ambos á dos
 Por largo tiempo quedaron,
 Y largo tiempo lloraron
 Ante la imagen de Dios.

Y al fin de la confesion
 Henchido el duque de fé,
 Díjole: "Á aquella vision
 Debeis vuestra salvacion,
 Que aviso del cielo fue."

En cuyo punto sintiendo
 Llegar el trance fatal
 Del paso duro y tremendo
 "Á DIOS, DON CESAR," diciendo,
 Lanzó el aliento vital.

(79)

Y aquí del todo acabada
Del buen monge le mision
Y el ánima encomendada,
Con voz exclamó mudada
Al darle la absolucion:

*“;Vé en paz! y si como espero
El llanto ante Dios se apoya
De un corazon verdadero,
;Ruega á' Dios, buen caballero,
Por el Capitan Montoya!”*

Y dando al mundo un momento
Al muerto besó en la frente,
Y á paso medido y lento
Triste volvió á su convento
El Capitan penitente.

Y há poco habia en sepultura humilde
De la maleza oculta entre las hojas
Una inscripcion borrada por los años,
Que todo al fin sin compasion lo borran.
Único resto de opulenta estirpe,
Único fin de la mundana pompa,
Monton de polvo en soledad yacía
Quien hizo al mundo con su audacia sombra.
Y apenas pueden los avaros ojos
Leer en medio de la antigua losa
"AQUI YACE FRAY DIEGO DE SIMANCAS,
QUE FUE EN EL SIGLO EL CAPITAN MONTOYA."

NOTA DE CONCLUSION.

Y por si alguno pregunta
Curioso por doña Inés
Y opina que queda el cuento
Incompleto, le diré:
Que doña Inés murió monja
Cuando la tocó su vez,
Sin su amor, si pudo ahogarle,
Y sino pudo, con él.
Porque destino de todos
Vivir de esperanzas es;
Quien las logra muere en ellas,
Quien no las logra también.
Con que ya sabe el curioso
De mis héroes lo que fue,
Y solo añadir me resta
Dos palabras de Ginés.
Hizo en la corte fortuna,
Casóse al cabo muy bien
Con una dama muy rica
Y hermosa como un clavel.
Y aunque dieron malas lenguas
En alzarla *no sé qué*,
Ella no alzó las pestañas
Para al vulgo responder.
Dió á Ginés un hijo zurdo,
Y dijo su padre de él
Que habia nacido en casa,
Y en esto solo habló bien.

VIGILIA.

« Misterios del alma son. »

MORETO.

Pasad, fantasmas de la noche umbría,
De negros sueños multitud liviana,
Que columpiados en la niebla fría
Fugitivos llamais á mi ventana.

Pasad y no llameis. Dejadme al menos
Que en la nocturna soledad dormido
Los lentos días de amargura llenos
Calme y repose en momentáneo olvido.

Pasad y no llameis. La sombra oscura
Vuestro contorno sin color me vela,
Ni sé quién sois, ni vuestra faz impura
El mas leve recuerdo me revela.

Mil veces al oir vuestros gemidos
 Mis ventanas abrí por consolaros,
 Os busqué en las tinieblas, ¡y erais idos...!
 ¿Á qué llamar si nunca he de encontraros?

Id á turbar el sueño indiferente
 Del que entre plumas sin afan reposa,
 Del que la vida en su risueña mente
 Ve placentera y celestial y hermosa.

Y si venís con rostros halagüenos,
 Mensajeros de rápidos placeres,
 Avaras hallareis de vuestros sueños
 Por do quiera bellísimas mugeres.

Llamad donde á la lumbré vacilante
 De alguna tibia y oportuna estrella
 Puedan al fin gozaros un instante,
 Y ver un punto vuestra blanca huella.

No á mí, que en vano por la sombra tiendo
 Los turbios ojos, me invoqueis perdidos,
 No á mí, que acudo, vuestra voz oyendo,
 Y al registrar la sombra, ya sois idos.

No á mí, que presa de secretos males,
 Tal vez la triste soledad me inspira
 Tiernas endechas y amorosos vales
 Que ensayo á solas en mi pobre lira.

No á mí, que al son de vuestras vagas voces
 Siento otra voz que me repite insana
 Dentro del corazon esos veloces
 Ecos que murmurais á mi ventana.

¡ Ah! yo os respondo y suspiráis pasando
Sin que baste á entender vuestro suspiro,
Os llamo á mí, y os alejáis volando,
Gemís si duermo, y os veláis si os miro.

Si á vuestras tristes misteriosas quejas
Mis rejas abro y vuestro bien deseo,
Solo á través de mis macizas rejas
Cruzar las nubes en silencio veo.

¡ Oh de la noche incomprensibles ruidos!
Ayes que hervís en la tiniebla oscura...
¿ Quién sois? ¿ dó vais? ¿ de dónde sois venidos?
¿ Qué voz agena en vuestra voz murmura?

¿ Sois el rumor del agitado viento,
Los ayes de las almas sin reposo,
Ó la voz del tenaz remordimiento,
Del descanso enemigo y envidioso?

Quien quiera que seáis, almas ó nieblas,
Pasad, y en vuestra confusion liviana
Seguid vuestro camino en las tinieblas
Y no llameis jamas á mi ventana.

Porque es triste ¡ muy triste! un aposento
Donde á la luz de lámpara que espira
Se oye el crujir del tumultuoso viento
Que fuera en torno de las torres gira.

Es triste, sí, muy triste y muy medroso,
Velar sobre un volúmen carcomido,
La frente ardiendo, el alentar penoso,
Las llamaradas aumentando el ruido;

Viendo las letras en las turbias hojas
 Á su dudosa vibracion mezclarse,
 Negras, azules, amarillas, rojas,
 Á la afanosa comprension negarse.

Y leer en vez de religiosas voces
 Ó de amorosa y métrica armonía
 Cifras que borran cifras mas veloces,
 De sentido infernal, de raza impía.

Pasad, fantasmas de la noche oscura,
 Quien quiera que seais, almas ó nieblas,
 Pasad, y en mis vigilijs de amargura
 No llameis á mi reja en las tinieblas.

No llameis, que enemigo de la sombra
 Odia el cantor vuestra armonía vana;
 Dejad al trovador á quien asombra
 El oíros llamar á su ventana.

¡Pasad, sombras sin cuerpos, aires vanos,
 Pobres de luz, de voz desconocida,
 Esquívos á los ojos y las manos,
 Estraños á la fé de nuestra vida!

Pasad, y no turbeis de mi sosiego
 La dulce calma ó la nocturna vela:
 No creo en vuestro ser, pasad os ruego,
 Seguid al aire que os arrastra y vuela.

¿Pensais que á esos abullos y suspiros
 Con que llenais la oscuridad tranquila
 Como á silbos de brujas ó vampiros
 Mi amedrentado corazon vacila?

¿Pensais ¡oh! que por miedo de escucharos
 Con voz pujante entonaré canciones,
 Y al arpa acudiré para abuyentaros
 Con dulces trovas de amorosos sonos?

¡Mentís, abortos de la sombra vana!
 Yo sé bien que si fuerais mas que viento
 Holgarais en monton en mi ventana
 Al blando son de mi amoroso acento.

Mentís, hijos del aire y de las nieblas,
 Mentís: yo tengo sin cesar conmigo
 Un talisman que alumbra las tinieblas
 Del desdichado protector y amigo.

Mirad cuál radia en mi tugurio estrecho
 La limpia luz de la esperanza mia;
 Mirad cuál vela en mi desierto lecho
 Con su cariño maternal MARÍA.

Todas las noches mi dolor la implora,
 Y amiga de mi llanto solitario
 Todas las noches mis engaños llora
 Con el raudal que reventó el Calvario.

Pasad, remordimientos tentadores;
 Ya sé quién gime mi falaz desvío,
 Ya sé quién riega las marchitas flores
 Con tierno llanto, del recuerdo mio.

¡Ya sé quién “¡hijo!” en soledad me llama
 É “hijo” á su voz la soledad responde...!
 ¡Ah! cuanto mas tras la ovejuela clama,
 Mas á sus quejas y á su afan se esconde.

Tierna, amorosa, celestial MARÍA,
Rosa inmortal del Gólgota sangriento,
Faro infalible que mi rumbo guía
Entre la furia de la mar y el viento;

Líbrame de esos ecos misteriosos
Que me atormentan en la sombra vana,
Aleja esos fantasmas vaporosos
Que vienen á llamar á mi ventana.

¡Y tú, perdida y bella,
Fugaz y última estrella
Que viertes á deshora
Delante de la aurora
Con perezosa huella
Dudoso resplandor!
¡Oh! ¡traeme la hermosura,
La calma y la frescura
Del alba transparente,
Que este tropel ahuyente
Con que la sombra oscura
Me cerca en derredor!

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Silenciosa aparicion,
Huirá de mi ventana
Esa confusion liviana
Que despierta mi afliccion.

¡ Lámpara de consuelo
 Á cuya lumbre velo,
 Que escuchas solitaria
 Mi tímida plegaria,
 Si acaso llega al cielo
 Mi súplica mortal !
 Traeme la luz del día
 Que calme la agonía
 De esos remordimientos
 Que vogan turbulentos
 Sobre la niebla umbría
 En ilusion fatal.

Ven, estrella matutina,
 Y tu blanca y argentina
 Silenciosa aparicion,
 Ahuyente de mi ventana
 Esa infernal caravana
 Que huella mi corazón.

Recuerdos són dañinos
 Que cruzan peregrinos
 El arenal desierto
 Del corazón incierto,
 Buscándole caminos
 Que acaso no hay en él.
 Que nunca ven tranquilo
 Recóndito un asilo,
 Y que jamas se amansan,
 Y que jamas descansan,
 Corrientes que hilo á hilo
 Desbordan su nivel,

(89)

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Luminosa aparicion,
Huyan las sombras livianas
Que llaman á las ventanas
De mi triste corazon.

Dejadme, negros sueños,
De aterradores ceños,
De fuerza irresistible,
Ya sé que es imposible
Vencer vuestros empeños...
Ya vuestro nombre sé.
Dejadme que respire,
Que viva y que delire;
Pues mis errores lloro,
Dejadme, yo os imploro;
¡Dejad que en paz suspire
Lo que insensato hollé!

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Silenciosa aparicion,
Huyan las sombras livianas
Que llaman á las ventanas
De mi triste corazon.

GLORIA Y ORGULLO.



¡Lejos de mí, placeres de la tierra,
Fábulas sin color, sombra, ni nombre,
Á quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,
Sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
Mas fatigosa cuanto mas se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas,
Que velas el harem de las mugeres,
Opio letal que el sueño facilita
Al ébrio de raquíuticos placeres,

Lejos de mí. — No basta á mi reposo
El rumor de una fuente que murmura,
La sombra de un moral verde y pomposo,
Ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa
Del báquico festin, libre y sonoro,
De esclavos viles la menguada tropa
Sin las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;
 Tengo aliento de estirpe soberana;
 Por llegar á gigante enano vivo;
 No sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto á decir "la vida es bella,"
 Y descender estúpido al olvido;
 Amo la vida porque sé por ella
 Al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasion que llaman gloria
 Brota en mi corazon ardiente llama,
 Luz de mi ser me abrasa la memoria,
 Voz de mi ser inestinguible clama.

Gloria, ilusion magnífica y suprema,
 Ambicion de los grandes en quien quiso
 Velar Dios esa mística diadema
 Que nos dará derecho al paraiso,

Nada es sin tí la despreciabla vida,
 Nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño;
 Solo en aquesta soledad perdida
 La sombra del laurel concilia el sueño.

Solo al murmullo de la escelsa palma
 Que el noble orgullo con su aliento agita
 En blando insomnio se adormece el alma,
 Y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero
 Bajo ese verde pabellon soñaron;
 Cesar, Napoleon y Atila fiero
 Bajo ese pabellon se despertaron.

Por tí el delirio del honor se adora,
Por tí el hinchado mar hiende el marino,
Por tí en su gruta el penitente llora,
Y empuña su bordon el peregrino.

Por tí el soldado se vendió á sus reyes,
Y lidia agora con porfia insana,
No por esas que ignora pobres leyes,
Por comprar una lágrima mañana.

Por tí le canta el orgulloso amante
Dulces trovas de amor á una querida;
Porque tal vez un venturoso instante
Tenga en su canto prolongada vida.

Por tí del negro túmulo en la piedra
Ambicioso el mortal graba su nombre,
Porque tal vez entre la tosca yedra
Otro día al pasar le lea un hombre.

Por tí acaso el cansado centinela
Que incendió una ciudad en la batalla
Su cifra indiferente mientras vela
Pinta con un tizon en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma
Por tí con templos y palacios pisa,
Por tí su gesto satisfecho asoma
Tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por tí vencida se incendió á Corinto,
Por tí la sangre en Maratón se orea,
Por tí una noche con aliento estinto
Tumba Leonidas demandó á Platea.

Por tí trofeos el cincel aborta,
 Y álzanse torres con tenaz porfia;
 Porque es la vida deleznable y corta,
 Y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura
 Sobre un volúmen carcomido y roto,
 Y un mañana me sueño de ventura,
 Y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones
 El blando son del agua me adormece,
 Y entre pardos y errantes nubarrones
 De la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
 Del aura que los árboles menea,
 De la tórtola triste el ronco arrullo,
 Y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,
 Los antiguos y góticos castillos,
 Y el granizo se estrella en sus cristales,
 Ó azota sus escombros amarillos.

¡Oh! si sentís esa ilusion tranquila,
 Si creéis que en mis cánticos murmura
 Ya el aura que en los árboles vacila,
 Ya el mar que ruge en la tormenta oscura;

Si al son gozais de mi cancion que miente
 Ya el bronco empuje del errante trueno,
 Ya el blando ruido de la mansa fuente
 Lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si cuando llamo á las cerradas rejas
De una hermosura, á cuyos pies suspiro,
Sentís tal vez mis amorosas quejas,
Y os sonreis cuando de amor deliro;

Si cuando en negra aparicion nocturna
La raza evoco que en las tumbas mora
Os estremece en la entreabierta urna
Respondiendo el espíritu á deshora;

Si llorais cuando en cántico doliente
Hijo extraviado ante mi madre lloro,
Ó al cruzar por el templo reverente
La voz escucho del solemne coro;

Si alcanzais en mi pálida megilla
Cuando os entono lastimosa endecha
Una perdida lágrima que brilla
Al brotar en mis párpados deshecha;

Todo es una ilusion, todo mentira,
Todo en mi mente delirante pasa,
No es esa la verdad que honda me inspira;
Que esa lágrima ardiente que me abrasa

No me la arranca ni el temor ni el duelo,
No los recuerdos de olvidada historia;
;Es un raudal que inunda de consuelo
Este sediento corazon de gloria!

; *Gloria!* madre feliz de la esperanza,
Mágico alcázar de dorados sueños,
Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisages halagüeños,

¡Dame ilusiones! dame una armonía
Que arrulle el corazon con el oído
Para que viva la memoria mía
Cuando yo duerma en eternal olvido.

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,
Fábulas sin color, forma, ni nombre,
Á quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! sin cesar conmigo
Templo en mi corazon alzaros quiero,
Que no importa vivir como el mendigo
Por morir como Píndaro y Homero.

Pereza.

¡Cuán descansadamente
Lejos del vano mundo se reposa
Á la orilla de límpida corriente
Ó de un moral bajo la sombra hojosa!

En el césped mullido,
Sin luz los ojos, sin vigor los brazos,
De la tranquila soledad el ruido
Se pierde por la atmósfera á pedazos.

El ánima descansa
De la ciega pasión, y su braveza,
Y el cuerpo, presa de indolencia mansa,
Se goza en su pacífica pereza.

Entonces no el tesoro
 Ni la sed del placer el alma aviva,
 El mas rico licor en copa de oro
 Entonces se desprecia y no se liba.

La mente no se inquieta
 Por pensamientos de dolor cercada,
 Que á su honda languidez yace sujeta,
 Y á su propia impotencia encadenada.

Sin luz el ojo vago,
 Sin un sonido sobre el labio abierto,
 Pasa la vida, cual por hondo lago
 De incierta luz el resplandor incierto.

Asi vuelan las horas,
 Y asi pasan pacíficas y bellas
 Cual las aves del viento voladoras,
 Cual la cobarde luz de las estrellas.

Asi el pesar se aduerme,
 Y al grato son de una aura que murmura
 Tal vez se goza del reposo inerme
 Que confunde el pesar con la ventura.

Asi mis horas quiero
 Que pasen sin valor y sin fortuna,
 Ya al manso son del céfiro ligero,
 Ya al resplandor de la amarilla luna.

Ven, amorosa Elvira,
 Ven á mis brazos, que de amor sediento
 El perezoso corazon suspira
 Por ver tus ojos, por beber tu aliento.

Ven, adorado dueño,
Sepa que estás en mi descanso inerte,
Cerca de mí para velar mi sueño,
Cerca, hermosa, de mí cuando despierte.

Yo en la yerba tendido,
En la sombra de un álamo frondoso
Entreveré con ojo adormecido
Cuál velas mi descanso silencioso.

El sol á lento paso
Hundió en el mar su faz esplendorosa,
Marcando su camino en el ocaso,
Vivo arrebol de púrpura y de rosa.

El agua mansamente
Con monotono arrullo le despide,
Y arrastrando sus ondas lentamente
El ancho espacio de sus ondas mide.

Solo queda en la tierra
El vapor del crepúsculo dudoso,
Y el vago aroma que la flor encierra
Se esparce por el aire vagaroso.

Y las fuentes corriendo,
Y las brisas volando se estremecen,
Y su soplo en los árboles creciendo,
Á su soplo los árboles se mecen.

Trémulas van las olas

Bajo sus alas mansas y ligeras,
Reflejando las sueltas banderolas
De las naves que el mar surcan veleras.

Y la luna argentina,
La bóveda al cruzar del firmamento,
La inmensidad del Bósforo ilumina,
Color prestando al invisible viento.

Y al son del mar vecino,
Y al murmullo del viento caloroso,
Y al reflejo del éter cristalino
Se aduerme el cuerpo en lánguido reposo.

En la quietud amiga
De la callada noche macilenta,
Hasta la misma languidez fatiga,
Y el ánima se rinde soñolienta.

¡Oh! bien haya el estío
Con su tranquila y bochornosa calma,
Que roba al corazón su ardiente brio,
Y en blanda inercia nos aduerme el alma.

Ya de ese insomnio presa
Me faltan voluntad y pensamiento,
Y hasta mi cuerpo sin valor me pesa,
Y el son me cansa de mi propio aliento.

Dadme deleites, dadme,
Henchidme de placeres los sentidos;
Venid, eunucos, y al harem llevadme
En vuestros brazos al placer vendidos.

Abridme esas ventanas,
Dadme á beber el aura de la noche,
Y á saborear las ráfagas livianas
Que á la flor rasgan su aromado broche.

Quiero al son de las olas
Secar un corazon en solo un beso;
Traedme mis esclavas españolas,
Que el mio tienen en sus ojos preso.

Venid, venid, hermosas,
Divertidme con danzas y canciones,
Venid en lechos de fragantes rosas,
Venid, blancas y espléndidas visiones.

Quemad en mis pebetes
Cuanto aroma encontréis en mi palacio,
Y respiren sus anchos gabinetes
Ámbar opreso en reducido espacio.

Ven, voluptuosa Elvira,
Trénzame con tu mano mis cabellos,
Y tú, Inés, por quien Málaga suspira,
Nardo derrama y azahar en ellos.

Traedme á esos esclavos
Que aportan mis vageles viento en popa,
Presa que hicieron mis piratas bravos
En un rincon de la dormida Europa.

Vengan á mi presencia,
Y al son de sus estraños instrumentos
Sirvan á mi poder y á mi opulencia,
Sino con su cancion, con sus lamentos.

Dadme deleites, dadme;
Cúbreme, Elvira, con tu schal de espumas,
Y las tostadas sienes refrescadme
Con abanicos de rizadas plumas.

Suene en mi torpe oído
Su suave son como murmullo blando
De arroyo que á la mar baja perdido
De peña en peña jugueton rodando.

Cual tórtola que llama
Con lento arrullo que en el viento pierde
La descarriada tórtola á quien ama,
De árbol sombrío en el columpio verde.

Danzad mientras reposo,
Cantad en derredor mientras descanso,
Y no sienta en mi sueño voluptuoso
Mas que murmullo lisonjero y manso.

CADENA.



I.

Nace la rosa y su boton despliega
Orlada en torno de punzante espina,
Y sobre el agua que los pies la riega
Fresca se inclina.

Mas altanera cuanto mas hermosa,
Su imagen mira en el tranquilo espejo,
Y el sol del agua sobre el haz dudosa
Pinta el reflejo.

El aura errante que al pasar murmura
El dulce aroma de su caliz bebe,
La sorda abeja que su esencia apura
Néctar la debe.

Reina del huerto y de la selva gala,
Del césped brilla sobre el verde manto,
Libre á su sombra el colorin exhala
Rústico canto.

No hay flor mas bella... ¿mas á qué su orgullo
Si el cierzo helado su boton despoja
Y el agua arrastra su infeliz capullo
Hoja tras hoja?

II.

Huye la fuente al manantial ingrata
El verde musgo en derredor lamiendo,
Y el agua limpia en su cristal retrata
Cuanto va viendo.

El césped mece y las arenas moja
Do mil caprichos al pasar dibuja,
Y ola tras ola murmurando arroja,
Riza y empuja.

Lecho mullido la presenta el valle,
Fresco abanico el abedúl pomposo,
Cañas y juncos retirada calle
Sombra y reposo.

Brota en la altura la fecunda fuente;
¿Y á qué su empeño, si al bajar la cuesta
Halla del rio en el raudal rugiente
Tumba funesta?

III.

Lánzase el rio en el desierto mudo,
La orilla orlando de revuelta espuma,
Y al eco evoca cuyo acento rudo
Hierva en su bruma.

Su imagen ciñe pabellon espeso
De áspera zarza y poderoso pino,
Y entre las rocas divididas preso
Busca camino.

Lecho sombrío el rústico ramage
Que riega en torno misterioso ofrece,
Y el pardo lobo, y el chacal salvaje
Dél se guarece.

La tribu errante, el viajador perdido
La sed apaga en su raudal corriente,
Y el arco cierra que sobre él partido
Cuelga del puente.

¿Mas qué la sombra, el ruido y el perfume
Valen del cauce que recorre estenso,
Si el mar le cava cuando en él se sume
Túmulo inmenso?

IV.

¡El mar, el mar!—Remedo tenebroso
De la insondable eternidad, espera
De la trompa final el son medroso
Para romper hambriento su barrera.

Abismo cuyos senos insaciables
Jamás encuentra su avaricia llenos,
De misterios conserva inmensurables
Siempre preñados sus gigantes senos.

¡Eso es el mar!— Gemelo de la *nada*,
 Cinto que el globo por do quier rodea,
 Centinela fatal que encadenada
 La tierra guarda que sorber desea.

¡El mar!— Como él hondísimo y oscuro
 El misterioso porvenir se estiende,
 Y tras su negro impenetrable muro
 Nada mezquina la razón comprende.

El cerco de un sepulcro es su portada,
 Tras él se baja un escalon de tierra:
 Pasado el escalon, la puerta hollada
 Se abre, sorbe la víctima, y se cierra.

Y allá van sin cesar conforme nacen
 Á morir uno y otro pensamiento,
 Brotan unos donde otros se deshacen,
 Bullen, caen, y se hunden al momento.

V.

Rosas la fuente en la montaña brota,
 Sécanse, caen, y bajan con la fuente
 Al río que se va gota tras gota
 Al hondo mar que sorbe su corriente.

EN UN ALBUM.

No sé si por el valle de la vida
Cruzaré fatigado peregrino,
Acabando cual flor que consumida
Se seca entre los brezos de un camino:

No sé si en pós de inspiracion ardiente,
Rico y sediento el corazon de gloria,
Le cruzaré cual rápido torrente,
Rastro dejando de inmortal memoria.

Mas ya rueda cual hoja que arrebatada
Sonante y revoltoso torbellino;
Ya baje como escelsa catarata
Ufano con mi espléndido destino;

Cuando al borde de tumba solitaria
Desparrame mis pobres pensamientos,
De mustias flores muchedumbre varia
Secas entre mis últimos alientos,

Fiad, señora, que en tan triste lecho,
Siempre leal y generoso amigo,
Al ocupar mi cabezal estrecho
Vuestra memoria dormirá conmigo.

MISTERIO.



A mi amigo D. Antonio García Gutiérrez.

¡Ay! aparta, falaz pensamiento,
Que eterno en el alma bulléndome estás,
Falsa luz que al impulso del viento
En vez de guiarme perdiéndome vas.

Tras de tí por las sombras camino,
Ni noche ni día descanso tras tí;
Es seguirte tal vez mi destino,
Y acaso es el tuyo guardarte de mí.

Misteriosa vision de mi vida,
Mas vaga que el caos en forma y color,
Te comprendo en mí mismo perdida,
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Ya tu blanda amorosa sonrisa
Me presta esperanza, me aviva la fé;
Cual flor eres que aroma la brisa
Y en seco desierto olvidada se ve.

Ya tu imagen sombría y medrosa
 Me ciega y me arrastra en su curso veloz,
 Como nube que rueda espantosa
 En brazos del viento al compas de su voz.

Ya cual angel de paz te contemplo,
 Y ya cual fantasma sangrienta y tenaz,
 En el valle, en la roca, en el templo
 Te alcanzo á lo lejos hermosa y fugaz.

Por do quiera te encuentran mis ojos;
 No miro ni tengo mas rumbo do quier,
 Ya te muestres preñada de enojos,
 Fantasma enemiga ó risueña muger.

Yo no sé de tu esencia el misterio,
 Tu nombre y tu vago destino no sé,
 Ni cuál es tu ignorado emisferio,
 Ni adónde perdido siguiéndote iré.

Mas no encuentro otro fin á mi vida,
 Mas paz, ni reposo, ni gloria que tú,
 Que en el cóncavo espacio perdida
 Tu alcázar es su ancho dosel de tisú.

Por su rica region las estrellas
 Á veces brillante camino te dan;
 Y otras veces tus místicas huellas
 Por mares de sombras perdiéndose van.

Una brisa en las ramas sonando
 Que dice tu nombre imagino tal vez,
 Y un relámpago raudo pasando
 Tu forma me muestra en fatal rapidez.

Yo postrado al mirarte de hinojos
Do quier que aparesces levanto un altar,
Y arrasados en llanto los ojos
Tal vez insensato te voy á adorar.

Mas al ir á empezar mi conjuro,
Mi torpe blasfemia ó mi casta oracion,
El oriente en su cóncavo impuro
Me sorbe irritado mi blanca vision.

Y tu imagen me queda en la mente
Informe, insensible cual bulto sin luz
Que se crea el temor de un demente
De lóbrega noche entre el negro capuz.

Sueño, estrella ó espectro, ¿quién eres?
¿Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?
¿No hay sin tí ni dolor ni placeres?
¿No hay lecho, ni tumba, ni mundo sin tí?

¿No hay un hueco do esconda mi frente?
¿No hay venda que pueda mis ojos cegar?
¿No hay beleño que aduerma mi mente,
Que hierve encerrada de sombra en un mar...?

¡Oh! si gozas de voz y de vida,
Si tienes un cuerpo palpable y real,
Deja al menos, fantasma querida,
Que goce un instante tu vista inmortal.

Dame al menos un sí de esperanza,
Alguna sonrisa, fugaz serafin,
Con que espere algun dia bonanza
El golfo del alma que bulle sin fin.

Mas si es solo ilusion peregrina
 Que el ánima ardiente soñando creó,
 ¡ Ay! deshad esa sombra divina,
 Que viene comigo do quier que voy yo.

Sí, deshadla, que en vano la miro
 En torno á mis ojos errante vagar,
 Si cual débil y triste suspiro
 Se pierde en los vientos al irla á abrazar.

Sí, deshadla, que torpe mi mano
 Su mano en la sombra jamas encontró,
 Ni el mas flebil lamento liviano
 Avaro en mi oido su labio posó.

Muere al fin, ¡ó vision de mi vida!
 Mas vaga que el caos en forma ó color,
 Á quien siento en mí mismo perdida,
 Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Mas ¿qué fuera del triste peregrino
 Que cruzando sediento el arenal
 No encontrara jamas en su camino
 Mansa sombra ni fresco manantial?

De esta vida en la noche tormentosa
 ¿Qué rumbo ni qué término seguir?
 Sin tu vaga presencia misteriosa,
 Sin tu blanca ilusion ¿cómo vivir?

(III)

Abriéranse mis ojos á mirarte,
Mis oídos tus pasos escuchar,
Y al fin desesperados de encontrarte
Tornáranse en tinieblas á cerrar.

Despertara en la noche solitaria
De tus palabras al fingido son,
Y solo respondiera á mi plegaria
El latido del triste corazón.

¡Sombra querida, sin cesar conmigo
Mis lentas horas hechizando ven,
Y el desierto arenal será contigo
Huerto frondoso y perfumado Eden!

No espíres, misterioso pensamiento,
Que dentro oculto de mi mente vas,
Aunque no alcance el corazón sediento
Tu tanta esencia á comprender jamás.

No sepa nunca tu verdad dudosa;
Vélame, si lo quieres, tu razón;
Disípate á lo lejos vagarosa,
Mas sé siempre mi cándida ilusión.

Al fin sabré que junto á tí respiro,
Que estás velando junto á mí sabré,
Y que aun brilla oscilando en lento giro
La consumida antorcha de mi fé.

¿Qué me importa tu esencia ni tu nombre,
Genio hermoso, ó quimérica ilusión,
Si en esta soledad, cárcel del hombre,
Dentro de tí te guarda el corazón?

¿Qué me importa jamas saber quién eres,
Astro de cuya luz gozando voy,
Término de mi afan y mis placeres,
Dios que sin fin idolatrando estoy?

Quien quier que seas, vano pensamiento,
Muger hermosa que soñando vi,
Ó recuerdo ó tenaz remordimiento,
Ni un solo instante viviré sin tí.

Si eres recuerdo endulzarás mi vida,
Si eres remordimiento te ahogaré,
Si eres vision te seguiré perdida,
Si eres una muger yo te amaré.

Justicias del Rey D. Pedro.



I.

Cuando su luz y su sombra
Mezclan la noche y la tarde,
Y los objetos se sumen
En la sombra impenetrable,
En un postigo escusado
Que á una callejuela sale
De una casa, cuya puerta
Principal da á la otra calle,
Dos hombres que se despiden
Se ven, aunque no se sabe
Ni cuál de los dos se queda,
Ni cuál de los dos se parte.
Ambos mirándose atentos,
Ambos un pie hácia adelante,
Parados en el dintel
Estan, y entrambos iguales.
Por fin el mas viejo de ellos,
Hundiendo el mustio semblante
Entre el sombrero y la capa
En ademan de marcharse,

Torció la cabeza á un lado
 Pronunciando un *nó* tan grave,
 Que bien se vió que era el fin
 De las pláticas de enantes.
 Sin duda el otro entendido
 No encontró qué replicarle,
 Pues bajando la cabeza
 Callóse por un instante.
 — “Buenas noches, —” dijo el viejo;
 Tartamudeó un — “Dios le guarde —”
 El otro, mas decidiéndose
 Hizo hácia el viejo un avance:
 — Mírelo bien, y cuidado
 No se arrepienta, compadre.—
 — Nunca eché mas que una cuenta.—
 — Piénselo bien, y no pase
 Sin contar lo que va de él
 Á don Juan de Colmenares.—
 — Señor, replicó el anciano,
 En tiempos tan deplorables
 Ya sé que lo pueden todo
 Los ricos y los audaces.—
 — Pues mire lo que le importa,
 Que rico y audaz señales
 Son con que marca la fama
 Á los que en mi casa nacen.—
 Callaron por un momento,
 Y continuando mirándose,
 Dijo el viejo tristemente,
 Aunque en tono irrevocable:
 — Nunca lo esperé de vos,
 Mas tampoco vos ni nadie

Puede esperar mas de mf.—
 — Pues entonces adelante ;
 Idos, buen viejo con Dios,
 Que estoy deprisa y es tarde.—
 Cerró la puerta de golpe
 Á escuchar sin esperarse
 Una respuesta que el viejo
 Tuvo tentacion de darle:
 Y acaso por su fortuna
 Quedó á tal punto en la calle
 Para dársela á la puerta,
 Donde la deshizo el aire.
 Volvió el anciano la espalda,
 Y en dos golpes desiguales
 Sus pasos descompasados
 Pueden de lejos contarse;
 Porque sus pies impedidos
 Deben á su edad y achaques
 Una muleta que marcha
 Un pie que los suyos antes.
 La esquina á espacio traspuso,
 Y á poco otro hombre mas ágil,
 Saliendo por el postigo
 Siguió en silencio su alcance;
 Túvose al volver la esquina,
 Tendió los ojos sagaces,
 Y enderezó los oidos
 Atento por todas partes;
 Mas no oyendo ni escuchando
 De que poder recelarse,
 Tomando el rastro del viejo,
 Echó por la misma calle.

II.

En un aposento ambiguo,
Medio portal, medio tienda,
Que hace asimismo las veces
De cocina y de despensa,
Pues da su entrada á la calle,
Y en confuso ajuar ostenta
Camas, hormas y un caldero
Colgado en la chimenea,
Hay seis personas distintas
Que hacen al pie de la letra
(Salvo el padre, que está ausente,)
Una raza verdadera.
Un mozo de veinte abriles,
Una muchacha risueña
De diez y seis, tres muchachos,
Y una anciana de sesenta.
Y aunque á las veces nós turban
Engañosas apariencias
Zapateros son de oficio,
si á espacio se considera

Que está la estancia aromada
 Con vapores de pez negra,
 Que ribetea la moza,
 Y que el mozo maja suela.
 —Mucho tarda, dijo el último,
 Padre esta noche, Teresa.—
 —Ya ha tiempo que ha anochecido.—
 —Muchacho, atiza esa vela,
 Y deja quieto ese bote.—
 Y esto diciendo en voz recia
 El mozo, siguió en silencio
 Cada cual en su tarea,
 El chico sitiando al bote,
 Ribeteando la doncella,
 Majando el mozo á compas,
 Y dormitando la vieja.

Con monotonos murmullos
 Arrullaban esta escena
 El son de la escasa lluvia
 De un aguacero que empieza,
 El no interrumpido son
 Con que hierve la caldera,
 Y el tumultuoso chasquido
 Con que la luz chisporrea.
 —¿Las nueve son?—dijo el mozo.
 —Eso las ánimas suenan
 Con sus campanas, repuso
 Santiguándose Teresa.—
 —¡Las ánimas, y aun no viene!—
 Y echando atras la silleta,
 Se puso el mancebo en pie,
 Y encaminóse á la puerta.

Al ruido que hizo en el cuarto,
 Despertándose la vieja,
 Dijo:— ¿Rezais á las ánimas?—
 — Sí señora, estése queda.
 Asió el mancebo la aldaba,
 Mas la habia alzado apenas
 Cuando un espantoso golpe
 Venció la puerta por fuera.
 ; *Muerto soy!* dijo una voz;
 Cayó un embozado en tierra,
 Y vióse un hombre que huía
 Al fin de la callejuela.
 En derredor del caído
 Se agolparon, que aun conserva
 Algun resto de la vida
 Que le arrancan á la fuerza;
 Mas no bien le desenvuelven
 Por ver piadosos si alienta,
 Un grito descompasado
 Lanzó... la familia entera.
 Blasfemó el mozo con ira,
 Desmayóse la doncella,
 Y la anciana y los muchachos
 En llanto á la par revientan.
 — “Padre, ¿quién fue?” — preguntaba
 Sosteniendo la cabeza
 Del anciano moribundo
 El hijo, que llora y tiembla.
 Echóle triste mirada
 Su padre, como quien lega
 Su razon y su justicia
 En quien se fija con ella.

—Juan...—

—¿Qué Juan?—

—De Colmenares,—

Balbuceó con torpe lengua,
Y sobre el brazo del hijo
Dobló la faz macilenta.

Reinó un silencio solemne
Por un instante en la escena,
Y á reunirse empezaron
Vecinos de ambas aceras.
Llegó la justicia al punto,
Y mientras *justicia* ella
Partió por la turba el mozo
En faz de intencion siniestra.
—¿Dónde va?— dijo un corchete.
—Siendo yo su sangre mesma
¿Adónde sino al culpable?—
—Soy con vos.—

— Enhorabuena. —

(— Por si acaso, va seguro, —)
Dijo para sí el de presa,
Mientras el mozo resuelto
Ganó á una esquina la vuelta.

III.

Son treinta dias despues,
Y el mismo lugar y hora,
La misma vieja y los chicos
Con mesa, mancebo y moza.
Cada cual en su tarea
Sigue en paz, aunque se nota
Que todos tienen los ojos
Del mancebo en la faz torba.
Él, sin embargo, en silencio
Prosigue atento su obra
Sin levantar la cabeza,
Que sobre el pecho se apoya.
Tan doblada la mantiene,
Que apenas la llama roja
Que da la luz, alumbrarle
Las cejas fruncidas logra ;
Y alguna vez que el réflejo
Las negras pupilas toca,
Tan viva luz reverberan
Que chispas parece brotan.

La verdad es, que una lágrima
 Que á sus párpados asoma
 Viene anunciando un torrente
 En que el corazon se ahoga.
 Y el mozo, por no aumentar
 De los suyos la congoja,
 Á duras penas le tiene
 Dentro el pecho y le sofoca.
 Largo rato así estuvieron
 En atencion afanosa,
 Todos mirando al mancebo,
 Y este mirando á sus hormas;
 Hasta que al cabo Teresa,
 Mas sentida ó mas curiosa,
 — Le dijo: ¿ Estás malo, Blas? —
 Y á su voz limpia y sonora
 Siguió otro largo intervalo
 De larga atencion dudosa.
 Nada el hermano responde,
 Mas ella su afan redobla,
 Que no hay temor que la tenga
 La valla de una vez rota.
 — ¡ Cómo estás tan cabizbajo...! —
 Y aqui Blas interrumpiéndola.
 — ¡ Y qué tengo que decir
 Á quien sin padre y sin honra
 Debe vivir para siempre? —
 Y aqui la familia toda
 Rompió en ahogados sollozos
 Á tan infausta memoria.
 Sosegóse, y siguió Blas
 En voz lamentable y honda:

— Él rico, y nosotros pobres;
Débil la justicia, y poca,
Y el rey en caza y en guerra,
¿Qué puede alcanzar quien llora? —
— ¿Qué, por libre se atrevieron...? —
— Poco menos, pues sus doblas
Pudieran mas con los jueces
Que las leyes. —

— ¡ Las ignoran ! —

Dijo indignada Teresa.

— ¡ No, hermana ; las acogotan ! —
Contestó Blas, sacudiendo
Su mazo con ciega cólera.

Siguió en silencio otro espacio,
Y otra vez Teresa torna.

— ¿ Mas la sentencia cuál fue ? —

Dijo, y calló vergonzosa.

— ¿ La sentencia ? — gritó Blas
Revolviendo por las órbitas
Los negros y ardientes ojos,

— ¿ La sentencia pides ? óyela. —

Todos se echaron de golpe
Sobre la mesilla coja,

Que vaciló al recibirles,
Á oír lo que tanto importa.

— Sabeis que el de Colmenares
Hoy pingüe prebenda goza
En la iglesia, y que á Dios gracias,
Y á mi diligencia propia,
Se le probó que dió muerte
Á padre (que en paz reposa).
Pues bien, no sé por qué diablos

De maldita gerigonza
De conspiracion que dicen
Que con su muerte malogra,
Dieron por bien muerto á padre,
Y al clérigo...—

— ¿ Le perdonan? —

— No, vive Dios, le condenan;
; Mas ved qué dogal le ahoga!
Condénanle á que en un año
No asista á coro, mas cobra
Su renta, es decir, le mandan
Que no trabaje, y que coma.—

Tornó á su silencio Blas,
Y á sus sollozos la moza,
Ella cosiendo sus cintas,
Y él machacando sus hormas.

IV.

Está la mañana limpia,
Azul, transparente, clara,
Y el sol de entre nubes rojas
Espléndida luz derrama.
Toda es tumulto Sevilla,
Músicas, vivas y danzas;
Todo movimiento el suelo,
Toda murmullos el aura.
Cruzan literas y pages,
Monges, caballeros, guardias,
Vendedores, alguaciles,
Penachos, pendones, mangas.
Flota el damasco y las plumas
En balcones y ventanas,
Y atraviesan besamanos
Donde no caben palabras.
Descórrense celosías,
Tapices visten las tapias,
Los abanicos ondulan,
Y los velos se levantan.

Cuantas hermosas encierra

Sevilla á su gloria saca,

Cuantos buenos caballeros

En sus fortalezas guarda,

Ellos porque son galanes,

Y ellas porque son bizarras,

Las unas porque la adornen,

Los otros para admirarlas.

Óyense al lejos clarines,

Y chirimías y cajas,

Y á lengua suelta repican

Esquilones y campanas.

Mas no vienen los hidalgos

Armados hasta las barbas,

Ni el pálido rostro asoman

Las bellas amedrentadas;

Que no doblan los tambores

En son agudo de alarma,

Ni las campanas repican

Á rebato arrebatadas:

Que es *la procesion del Corpus*

Que ya traspone las gradas

Del atrio, y el rey don Pedro

Acompañándola baja.

Padillas y Coroneles

Y Alburquerque se adelantan

Con Osorios y Guzmanes,

Pompa ostentando sobrada.

Y bajo un palio don Pedro

De ocho punzones de plata,

Descubierta la cabeza,

Y armado hasta el cuello, marcha.

En torno suyo el cabildo
 Diez individuos encarga
 Que de escuderos le sirvan
 En comision poco santa ;
 Mas tiempos son tan ambiguos
 Los que estos monges alcanzan,
 Que tanto arrastran ropones
 Como broqueles embrazan.
 Entre ellos se ve á don Juan
 De Colmenares y Vargas,
 Que deja por vez primera
 La reclusion de su casa,

No porque el año ha cumplido,
 Sino porque el año paga,
 Y doblas redimen culpas
 Si se confiesan doradas.

Rosas deshojan sobre ellos
 Las hermosísimas damas,
 Y toda es flores la calle
 Por donde la corte pasa.
 Envidia de las mas bellas
 Salió á un balcon del Alcázar
 La hermosísima Padilla,
 Origen de culpas tantas.
 Hízola vénia don Pedro,
 Y al responderle la dama,
 Soltó sin querer un guante,
 Y ojalá no le soltara.
 Lanzóse á tomar la prenda
 Muchedumbre cortesana:
 Muchos llegaron á un tiempo,
 Mas nadie tomarla osaba,

Que fuera accion peligrosa
 Aparte de lo profana.
 Partiendo la diferencia
 Salió de la fila santa
 El bizarro Colmenares
 Con intencion de tomarla.
 Mas no bien dejó su mano
 Del palio y el punzon de plata,
 Y puso desde él al rey
 Cuatro pasos de distancia,
 Cuando un mancebo iracundo
 Con irresistible audacia
 Se echó sobre él, y en el pecho
 Le asentó dos puñaladas.

Cayó don Juan, quedó el mozo
 Sereno en pie entre los guardias,
 Que le asieron, y don Pedro
 Se halló con él cara á cara.
 La procesion se deshizo,
 Volvió gigante la fama
 El caso de boca en boca,
 Y ya prodigios contaban.
 Juntáronse los soldados
 Recelando una asonada,
 Cercaron al rey algunos,
 Y llenó al punto la plaza
 La multitud codiciosa
 De ver la lucha empezada
 Entre el sacrílego mozo
 Y el sanguinario monarca.
 Duró un instante el silencio
 Mientras el rey devoraba

Con sus ojos de serpiente
Los ojos del que le ultraja.

—“¿Quién eres?”—dijo por fin
Dando en tierra una patada.
—“Blas Perez,—” contestó el mozo
Con voz decidida y clara.
Pálido el rey de corage
Asióle por la garganta,
Y así en voz ronca le dijo,
Que la cólera le ahogaba :
—“¿Y yendo tu rey aquí,
Voto á Dios, ¿por qué no hablaste,
Si con ocasion te hallaste
Para obrar con él así?”—

Soltóse Blas de la mano
Con qué el rey le sujetaba,
Y señalando al difunto
Repuso tras breve pausa :
—Mató á mi padre, señor,
Y el tribunal por su oro
Privóle un año del coro,
Que en vez de pena, es favor. —
—Y si vende el tribunal
La justicia encomendada,
¿No es mi justicia abonada
Para quien justicia mal? —
—Cuando el miedo ó la malicia
(Dijo Blas) tuercen la ley,
Nadie se fia en el rey
Medido por su justicia. —

Calló Blas, y calló el rey
Á respuesta tan osada,
Y los ojos de don Pedro
Bajo las cejas chispeaban.
Tendiólos por todas partes,
Y al fuego de sus miradas,
De aquellos en quien las puso
Palidecieron las caras.
Temblaron los mas audaces,
Y el pueblo ansioso esperaba
Una esplosion en don Pedro
Mas recia que sus palabras.
Rompió el silencio por fin,
Y en voz amistosa y blanda
El interrumpido diálogo
Así con el mozo entabla:
—¿Qué es tu oficio?—

—Zapatero.—

—No han de decir, vive Dios,
Que á ninguno de los dos
En mi sentencia prefiero.—

Y encarándose don Pedro
Con los jueces que allí estaban,
Dando un bolsillo á Blas Perez
Dijo en voz resuelta y alta:
—Pesando ambos desacatos,

Si con no rezar cumple él
 En un año, cumples fiel
 No haciendo en otro zapatos. —

Tornóse don Pedro al punto,
 Y brotó la turba osada
 Murmullos de la nobleza
 Y aplausos de la canalla.
 Mas viendo el rey que la fiesta
 Mucho en ordenarse tarda,
 Echando mano al estoque
 Dijo así ronco de rabia:
 — “La procesion adelante,
 Ó meto cuarenta lanzas
 Y acaban, voto á los cielos,
 Los salmos á cuchilladas.” —

*Y como consta á la iglesia
 Que es hombre el rey de palabra,
 Siguiéron calle adelante
 Palio, pendones y mangas.*

Leídos por los actores en el teatro del Príncipe en
los días 6 de setiembre y 11 de octubre de 1839.

Germanos como Españoles.

Hartas ¡oh patria! lágrimas corrieron,
De sangre fraternal hartos arroyos,
De hartos valientes el sepulcro fueron
Charcas estensas, y profundos hoyos.

Hoy que calmada la sangrienta lucha
Tremolan á la par ambas banderas
Blando suspiro enderredor se escucha,
Corren de paz las lágrimas primeras.

Con ellas, sí, los párpados preñados
Ha largo tiempo reventar querian,
Mas en la lid los ojos ocupados
Á vista de la sangre no podian.

Himnos de triunfo y de placer alcemos,
Y ya amigos y libres ciudadanos
La sangre de esas lizas olvidemos
Que quema el corazon, mancha las manos.

Libres como Españoles.

Libres tambien como nosotros eran ;
No mas su mengua tolerar pudieron ,
Y hélos aqui que con orgullo esperan
Bajo la enseña á que contrarios fueron.

Tended los brazos de matar dolidos ,
Libres tended las callecidas manos ,
Que no hallareis traidores escondidos
Tras el disfraz de libres y de hermanos.

Aqui está el Trono que amparar debemos ,
Aqui la Patria y Religion y Leyes ;
Que aqui igualmente repartir sabemos
Libertad á los pueblos y á los reyes.

Generosos como Españoles.

No hay mas que un pabellon y una bandera ;
Un sol alumbra , un ídolo se adora ;
La frente ante él , humillan altanera
Ambas huestes vencida y vencedora.

De ambas la sangre en la montaña humea,
Tumba á entrambas comun dió la montaña,
De ambas la sangre con honor se orea,
Que á ambas dió sangre la orgullosa España.

Ambas al fin de libertad reciben
Sin mengua ni mancilla el blando yugo,
Ambas con leyes fraternales viven,
Y donde no hay traicion sobra el verdugo:

Venid, hermanos, á la par nacimos,
Al par dejamos la contienda fierâ:
¿Quereis mas...? olvidamos que vencimos:
No hay mas que un pabellon, y una bandera.

Aquella antigua raza de valientes
Cuyo brio español sembró el espanto
Por medio de las huestes insolentes
Que atropelló en Clavijo y en Lepanto ;

Los que á Roma absoluta dieron leyes,
Los que sus velas por la mar tendieron,
Dando á otro mundo religion y reyes,
Hijos de España y nuestros padres fueron.

Si sujetos á error como nacidos
En contienda civil se desgarraron,
Ellos solos en bandos divididos
Despues que se batierón, se abrazaron.

Hijos de España y con valor nacimos;
Por arreglar nuestras contiendas fieras
Harto como valientes combatimos,
Pleguemos de una vez nuestras banderas.

Á ello nos brindan con tranquila sombra
De nuestras flores las silvestres calles,
De nuestras mieses la pajiza alfombra,
Y el verde pabellon de nuestros valles.

Que vale mas gozar en la pobreza
Paz que á fuerza de sangre nos compremos,
Que á otro pedir con criminal pereza
La libertad que conquistar podemos.

¡Sí, ciudadanos! raza de valientes
Cuyo brio español sembró el espanto
Por medio de las huestes insolentes
Que huyeron en Clavijo y en Lepanto,

No olvideis que por premio merecido
Esos extraños de la paz carcoma
Querrán lo que salvar hemos podido
De las garras hipócritas de Roma.

No mas de sangre bajarán teñidos
Los manantiales que la cumbre brota
Á contar á los pueblos afligidos
En cada infausto triunfo una derrota.

No mas luchando con el rudo viento,
De cuervos roncós agorero bando,
Vendrá á mecerse donde el son violento
Del cóncavo cañon le esté llamando.

No mas al rayo de amarilla luna
Vagarán por la noche en la montaña
Las sombras de los héroes sin fortuna
Que gloria piden y sepulcro á España.

La gloria y el sepulcro que no hallaron
Cuando la vida por su patria dieron;
La gloria y el sepulcro que compraron
Cuando á los pies de su pendon cayeron.

¡Víctimas santas! ¡Sombras doloridas
Que insepultas dormís en la llanura,
Ya á través dejan ver vuestras heridas
Un sol de libertad y de ventura!

Ya podeis sin temor á la vergüenza
Alzar los ojos del sangriento caos;
No queda ya quien huya ni quien venza:
¡Fantasmas de los héroes, levantaos!

No receleis que al levantar la frente,
Tras rota peña ó desplomado muro
Quede algun campesino irreverente
Que os aseste traidor plomo seguro.

Alzaos, sí; la paz de que gozamos
Nosotros solamente nos la dimos,
No de estrangera grey la mendigamos,
Que á nadie juez de nuestra gloria hicimos.

Nuestra es la sangre que en la lid se orea,
Nuestra es la santa ley que obedecemos;
Grande ó mezquina nuestra gloria sea,
Obra fue nuestra, y nuestra la queremos.

¡Atras las lises de la intrusa Francia!
¡Atras los mercaderes de Inglaterra!
Mientras valor nos quede y arrogancia
No ha de faltarnos libertad, ni tierra.

NOTA. Esta última composicion fue prohibida por el Ayuntamiento antes de ser leida. *¡Es que somos hoy muy españoles y muy atrevidos!*

A la Luna.



Bendita mil veces la luz desmayada
Que avaro te presta magnífico el sol;
Bendita mil veces ;oh luna callada!
Tu luz que no enturbia dudoso arrebol.

En buen hora vengas, viajera nocturna,
Que el mundo en silencio visitando vas,
Esposa que viene constante á la urna
Que guarda los restos del bien que amó mas.

En buen hora vengas, amante Lucina,
En pós de tu bello dormido Endimion,
Celosa asomando la faz argentina
Por ese estrellado y azul pabellon.

¡Oh! miente quien dice que velas traidora
Cubriendo del crimen el réprobo afan,
Que aguardan inquietos tu luz bienhechora
Los que al sol fraguando delitos estan.

No, no eres ¡oh luna! la lámpara opaca
 Que trémula vierte siniestra su luz
 En bóveda impura do nunca se aplaca
 El alma á quien prensa su losa y su cruz.

No, no eres la tea que alumbra maldita
 Las manchas de sangre de regio panteon,
 Á cuyos reflejos soñando se agita
 Aun de ella sedienta rabiosa vision.

No, no eres la hoguera del gran cementerio
 Que guarda el del mundo secreto final,
 Que en esa morada de sombra y misterio
 Sus ráfagas tiende la luz infernal.

No vienen contigo las voces medrosas
 Que hierven, y turban la sombra do quier,
 No vienen contigo las nieblas odiosas
 Que doblan el ruido, y nos roban el ver.

No vienen contigo los vagos ensueños
 Que acosan y hieren el ruin corazon,
 Las torvas fantasmas de tétricos ceños
 Que cruzan los aires en pós del turbion.

Tú vienes tranquila, fugaz, solitaria,
 Cual blanca creencia de casta niñez,
 Cual angel que espía la triste plegaria
 Que eleva al empíreo llorosa viudez.

Tú cruzas el limpio y azul firmamento,
 Fanal de consuelo, de paz y de amor,
 En alas de suave balsámico viento
 Que arruga las aguas y mece la flor.

Y vienen contigo los sueños de plata,
Las lindas quimeras de antiguo placer,
Las sombras queridas que alegre retrata
La mente olvidada del duelo de ayer.

Y vienen contigo las mágicas citas,
Los besos que espiran del labio al salir,
Las bellas historias de efímeras cuitas
Dichas á una reja que temen abrir.

Y vienen contigo los himnos errantes,
La seña embozada con una cancion
Que atrae á los ojos osados y amantes
Un rostro que aguarda la seña á un balcon.

Y vienen contigo las dulces memorias,
La audaz esperanza, la gloria inmortal,
Fantásticas luces que van ilusorias
Al soplo espirando de ráfaga real.

¡Ah, todo es consuelo, regalo y ventura,
Fanal misterioso delante de tí!
Suspiran las fuentes, el rio murmura,
Aqui te gorgean, te arrullan alli.

Los juncos se mecen, los árboles suenan,
El bosque se puebla de sombras de paz,
Y el aire sonidos dulcísimos llenan
Que lleva invisible la brisa fugaz.

¡Luna! cuántas veces tu luz ha alumbrado
Mi larga vigilia, mi breve ilusion;
¡Luna! cuántas veces con ella ha sonado
Perdida en el viento mi triste cancion.

Y aún cuántas veces allá todavía
En playas remotas tal vez sonará.
Entonces ; oh luna ! la cítara mia
¿Qué oído en sus ayes ó risas tendrá?

Tal vez entre el recio menudo ramaje
Que ciñe del ancho desierto el lindal
Responda á mis voces un ave salvaje
Huyendo á lo largo del seco arenal.

Tal vez á la orilla del mar tempestuoso
Tu pálida imagen por él seguiré ;
Tal vez con las ondas del mar proceloso
Mis lágrimas turbias mezclarse verá.

Y acaso mis ojos del agua que broten
Por entre el ardiente confuso cristal
Verán sin que nunca sus fuentes se agoten
Huir por los cielos tu errante fanal.

¿Luna! si esa noche de angustia llegára,
Si huyera esquivando mi pueblo español,
¿Luna! mas valiera que el sol te prestára
Un rayo que apague mi gloria y mi sol.

Mas no, clara y celeste peregrina
Luz de los bosques, de los tristes luz,
Á cuyos rayos el amor camina
É invoca el justo al que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,
 Amiga del cantar del trovador,
 Tú que refrescas el modesto broche
 Que á tu luz plega la silvestre flor;

Tú me darás magníficos cantares,
 Grandes como tu Dios y como tú,
 Como esos que del cielo luminares
 Orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás á mi sonante lira
 El fuego del profeta que lloró
 El peligro de Pérgamo y Thyatira,
 La rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva luna,
 Cuya rápida y trémula ilusion
 Pinta el mar, y el arroyo y la laguna
 En vistosa y flotante aparicion;

De cuya imagen en redor tranquila
 Allá en bosques de conchas y coral
 De errantes peces multitud se apila
 Que te besan tu imagen de cristal;

Tú á quien un angel invisible guia
 Y millares de estrellas van en pós,
 Tú me darás palabras de armonía
 Con que cantar la gloria de tu Dios.

Lejos de mí los velos de esa Diana
 Que del bosque en la oscura soledad
 En brazos de un mortal busca profana
 Misterios de placer y liviandad.

Lejos de mí los cánticos impuros
De ese bello y perdido cazador
Que los valles audaz cerró seguros
Con barreras de fábulas de amor.

Yo te adoro, magnífica lumbrera,
Tan solo por tu tibia brillantez,
Y no veo en tu espléndida carrera
Mas que la mano del eterno juez.

Surca ¡oh luna! esos techos de topacio
Que él te señala por camino á tí,
Mientras que preso en reducido espacio
Su voz espero cuando venga á mí.

A mí, que ingrato y prófugo poeta
Creo en el Dios á cuyo soplo fue
Cuanto en la tierra y en la mar vegeta,
Cuanto no he visto ni jamás veré.

¡Ah! cuando el mundo en su erial desierto
Me dé un lecho de tierra en que dormir,
Y vayan presa del destino incierto
Conmigo mis cantares á morir,

¡Oh luna! si en mi túmulo no brilla
De humana gloria la estinguida luz,
Cuelga al menos tu lámpara amarilla
Sobre su rota y olvidada cruz.

Horizontes.



I.

Lanzó al mundo en mitad de las tinieblas
El soplo del Señor, y empezó el mundo
Á rodar en un piélago de nieblas
Cercado del silencio mas profundo.
Miró la creación el que la hizo,
Mas no le satisfizo;
Y rasgando sus negras colgaduras
Sacudió con su planta el firmamento;
Brotó una chispa, se inflamó en el viento,
Y el sol se derramó por las alturas.

II.

"Tú girarás, le dijo, eternamente;
 Cuatro estaciones marcarás iguales,
 Y será tu fanal resplandeciente
 La sombra de mis ojos inmortales."
 Giró el sol, y á su vista alborozado
 El mundo iluminado
 En himno universal rompió sonoro,
 Y cuanto tuvo un soplo de existencia
 Exhaló sonoro en su presencia
 Música dulce en acordado coro.

III.

Mecióse el mar con colosal murmullo,
 El viento resonó por las montañas,
 Murmuró el bosque soñoliento arrullo,
 É hirió el arroyo sus sonantes cañas.
 Ensayaron sus cánticos las aves,
 Armoniosos y graves
 Los acentos del hombre résonaron,
 Y con notas mas roncadas y severas
 Su voz alzaron sin compas las fieras,
 Y los ecos salvajes la imitaron.

IV.

Fuente de luz y manantial de vida
El sol fecunda nuestra madre tierra,
Y en arroyos al llano convertida
Vierte la nieve que apiló en la sierra.
Brotan á su calor yerbas y flores,
Sus manchas y colores
Da á cuanto dora con su lumbre pura,
Y mil insectos que las auras hienden
Á separar solícitos atienden
Del semen virgen la semilla impura.

V.

Mas ó vacilan mis cansados ojos,
Ó yo he visto en oriente y en ocaso
Lagos de sangre cuyos pliegues rojos
Al sol alfombran el gigante paso.
Y jamas comprendió mi entendimiento
El misterio sangriento
Que ese color del horizonte vela,
Y por mas que lo pienso y lo medito
Nada el arcano que conserva escrito
Ese renglon de sangre me revela.

:

VI.

He visto al sol posarse en el oriente
Al derramar su esplendorosa lumbré,
Y le he visto posar en occidente
Al trasponer la postrimera cumbre.
Magnífico á su vuelta y su partida,
Su marcha y su venida
Mudo y absorto cada vez contemplo:
Él recoge sus rayos ó los suelta,
Y siempre á su venida y á su vuelta
De Dios concibo al universo templo.

VII.

Sí, siempre posa un punto en el oriente
Y otro punto al doblar la última cumbre,
Mas siempre ciñe en su alba y su occidente
Banda sangrienta su radiante lumbré.
Entrambos los crepúsculos clarean
Mientras al sol rodean
Ráfagas anchas de color sangriento,
Y al irse y al venir, su última tinta
Ese triste color siniestro pinta
En el confin del azulado viento.

VIII.

¿Qué guarda ese rojizo cortinaje
En los remates de la luz prendido?
¿Un torbellino no hay que le desgaje
Si á alcance de los vientos va prendido?
Si es un vapor que se desprende lento,
Espeso y turbulento
De la esencia del sol, ¿en su camino
No hay solícito un angel cuyo brazo
Arranque de la luz ese pedazo
Que mancha al sol su resplandor divino?

IX.

Si es de los aires ilusion dudosa
Que la distancia en el azul suspende,
¿Por qué no pinta su ilusion de rosa,
Y no ese rojo pabellon que ofende?
¿Necio de mí, gusano de la tierra,
Que quiero lo que encierra
Saber el mundo en su invisible centro
Y demando á su autor omnipotente,
Cuando nací á adorarle solamente,
Y para amarle por do quier le encuentro!

X.

Al hundirse la luz detras del monte
 Sorbida entre las nubes y las breñas,
 Lumbre vomita el trémulo horizonte,
 Que en sangre tiñe las enormes peñas.
 Faja de sangre, inmensa banderola
 Que en su alcázar tremola
 El que hizo el mundo de ceniza vana,
 Cual rojo lienzo que pirata osado
 Desplega ante el bagel atribulado
 Que á todo trapo por huir se afana.

XI.

Que era el sol un espejo transparente
 Donde el Señor su creación veía,
 Y desde él derramaba omnipotente
 Dulce vida de amor y de armonía.
 Y hubo un instante en que amoroso quiso
 Al hombre abrir su santo paraíso
 Tras aquella existencia de ventura;
 Mas á Dios usurpando su derecho
 De deshacer lo hecho,
 Sangre vertió la necia criatura.

XII.

La tierra se manchó: Dios indignado
Quitóse del cristal, y su reflejo
Con los ojos de Dios iluminado,
Pintó la mancha y sombreó el espejo.
Volvió asimismo Dios al sol mandando:
"Tú seguirás rodando ;
Su raza alumbra, y que lidiando crezca,
La tierra empape con su sangre impura,
Mas cuando quede con la sangre oscura
No la reflejes mas, y que perezca."

XIII.

Dijo Dios, y cerróse en su santuario,
Y al rudo golpe que sus puertas dieron
La madre tierra con impulso vario
Monstruos sedientos de matar cubrieron.

XIV.

Nino, Nembrot, Sesostris y Cambises
 De sangre á Egipto con furor regaron ;
 Alejandro, Conon, Gerges y Ulises
 En sangre á Grecia sin piedad bañaron ;
 Grecia tragó al Egipto , á Grecia Roma ,
 Y en Roma , que desploma
 Sus legiones do quier , y ansiosa apila
 Montones de coronas sin cabezas ,
 Metió á pisar su gloria y sus grandezas
 Su negro palafren el torbo Atila.

XV.

¡Y eso es la gloria y las hazañas eso!
 Los héroes nacen, y la tierra tinta
 Por do queda su pie con sangre impreso
 La negra mancha en el espejo pinta.
 Venid, guerreros, degollad sin tino,
 Que el sol va su camino
 La luz menguando sin cesar siguiendo,
 Y cada estatua á vuestra gloria alzada.
 Es una sombra que la luz menguada
 Del moribundo sol va carcomiendo.

mpresiones de la noche.

Hay pensamientos que en la mente viven
En un rincón de la memoria echados,
Cual los insectos que su ser reciben
De los arbustos á que están pegados.

Duermen al parecer, mas como aquellos
Al soplo de una brisa se levantan,
Crecen, vuelan, y al fin toman cual ellos
Formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo y de la fé contrarias,
Vagas visiones de la noche umbría,
Bullir las vemos en la niebla fría,
Nada en la esencia y en la forma varias.

Quimeras que hallan siempre en la memoria
Silenciosa mansion, gracias postizas,
Y que reciben faz, cuerpo é historia,
En los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,
Y con murmullos infinitos suenan,
En las alas del viento van livianas,
Y el alma el viento y el espacio llenan.

¡Paso, de cieno fábulas impuras!
Paso dejad al noble pensamiento,
Que anhela respirar auras mas puras
En el cóncavo azul del firmamento.

¡Piensas, turba de sueños impostora,
Hacerle por el miedo tu vasallo,
Como al son de la fusta cimbradora
Ginete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones:
Si el corazon cobarde os dió aposento,
Hoy necesita, imbéciles visiones,
Todo mi corazon mi grande aliento.

Con la noche venís, y osais con ella
Turbar al corazon que en paz reposa;
Mas de la noche en el poder se estrella
Vuestro poder y ciencia mentirosa.

¡Paso! mis ojos en su azul tendidos
La paz que le robais otra vez hallan,
Y en los misterios de la fé perdidos
Vuestros misterios de impureza callan.

Para lanzar vuestra influencia impía
Á la influencia celestial acudo,
Y de la noche silenciosa, umbría,
La solitaria inmensidad saludo.

I.

¡Salve! tienda magnífica colgada
De polo á polo sobre el aire manso
Del caduco universo destinada
Á proteger el funeral descanso.
¡Salve á quien mora en la escondida altura
Detras de esa estrellada colgadura!
¡Salve á quien vela el agitado sueño
De esos gusanos que á sus pies tendidos
Manchan con sus alientos corrompidos
La orla imperial del manto de su dueño!

II.

Sí, que á mis ojos se resiste en vano
De la insondable eternidad el velo,
Y yo veo, Señor, tu inmensa mano
Tras el azul del transparente cielo.
Infinita, Señor, tu omnipotencia,
Infinito el abismo de tu ciencia,
Infinito tu ser, y tú infinito,
No HAY MAS QUE TÚ; y tu soplo poderoso
Que anima el mundo presta generoso
Vida á la alma virtud, vida al delito.

III.

Que tú amasando el polvo de la nada
 Con tu suprema voluntad un día
 Distes al hombre esta espléndida morada,
 Igual para el que fue y el que sería.
 “¿Quieres vivir? — tu aliento es el espacio.
 ¿Quieres tener? — el orbe es tu palacio.
 ¿Quieres mandar? — al señalarlo nombre
 Puedes gozarlo é invadirlo todo.
 Yo que á mi gloria te saqué del lodo
 Fé y libertad te doy,” dijiste al hombre.

IV.

Y el hombre fue; y el hombre envanecido,
 Olvidando al Señor que le formara,
 No partió por igual lo recibido,
 Se armó insolente y le volvió la cara.
 Oídos dando al corazón villano
 El hermano lidió con el hermano,
 El hijo con el padre en torpe guerra
 El alma en las entrañas se buscaron,
 Y uno de otro en la sangre se bañaron
 Por un pie mas de la heredada tierra.

V.

De tu obra entonces, gran Señor, corrido,
 Ingrata viendo á tu mejor hechura,
 Sobre el mundo tendistes ofendido
 La espesa sombra de la noche oscura.
 Volviéndote á tu carro rutilante
 Empuñaste las bridas de diamante,
 Tus caballos de fuego se lanzaron
 Por el espacio, y caminando á oscuras
 El choque de sus recias herraduras
 Miles de estrellas en su azul brotaron.

VI.

Al ceño de tu cólera divina
 Los mundos con pavor se estremecieron,
 Confundióse su esencia peregrina,
 Y las miserias y la muerte fueron.
 Brotó la tempestad. Sorbió el nublado
 Las ondas de la mar, y desbocado
 En hombros cabalgando de las nieblas
 Su pedrisco do quier vertió sin tino,
 Y borrando los lindes del camino
 Tierra y mar embozó con las tinieblas.

VII.

¿Quién osará, Señor, en la memoria
 La idea renovar de tu honda ira?
 El mundo sabe la tremenda historia,
 Y aun al mentarla de terror suspira.
 La obra de tu poder atropellando,
 Seguías tú la creacion cruzando,
 Sin término, ni objeto, ni vereda,
 Y tus ojos, Señor, relampagueaban,
 Y las nubes errantes reventaban
 De tu carro inmortal bajo la rueda.

VIII.

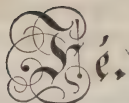
Todo cayó á tus pies; todo en pedazos
 Á volver se aprestó á su antigua nada;
 Pero su polvo tropezó en tus brazos,
 Y á ser tornó la fábrica empezada.
 Te volviste á mirar sobre tus huellas,
 Y al ver que de tus ojos las centellas
 Lo iban todo á incendiar, compadecido
 La noche hicistes, que tendió en el cielo
 Su pabellon azul de terciopelo
 Que en medio del cenit quedó prendido.

IX.

Tras él está velando tu pupila,
Mansa tras él la creacion pasea,
Y el universo de terror vacila
Á su gran resplandor si pestaña.
Las nubes con su luz se tornasolan,
El oriente y ocaso se arrebolan
Con sus puros y espléndidos colores,
Y á su dulce calor se alza indecisa
La perfumada y soñolienta brisa
Que susurra en la yerba y en las flores.

X.

¡Salve otra vez, magnífica cortina,
Que ante los ojos de tu Dios colgada
La lumbré de sus ojos te ilumina
Sobre el desierto del dolor plegada!
Yo sé en mi corazón, noche sombría,
Que es tu manto de rica argentería
Prenda de que nacimos sus vasallos,
Que al salpicarte Dios con tus estrellas
Nuestro orgullo alumbró con las centellas
Que brotan de los pies de sus caballos.



I.

“En manos del placer adormecido,
Sin otro porvenir que los placeres,
El oro y las mugeres
Mi solo Dios y mi esperanza han sido.
¡Lindas quimeras de mi edad pasada
Que me dejais el alma emponzoñada!
Decid, ¿dónde habeis ido?”

“Lancéme á los deleites avariento,
Gocé con ansia y apuré su hartura,
Mi Dios y mi ventura
Asentó en el placer mi pensamiento.
Otro esperar mi corazon no quiso;
Y hoy ¿dónde hallar el dulce paraíso
Que edificué en el viento?”

“¿En dónde estás, riquísimo tesoro
De placer y de amor, lánguida Elvira,
Con cuyo amor respira
Mi corazón, y cuya sombra adoro?
Elena, Inés... bellísimas traidoras,
¡Ay! ¿qué habeis hecho de mis dulces horas
Y mis montones de oro?”

“¿Qué he de hacer sin vosotras y sin ellos,
Solo afán ¡ay de mí! con que he vivido,
Solo Dios que he creído?
Fé de mi juventud, delirios bellos,
¿Qué he de creer ni de esperar ahora
Que tornándose van hora por hora
Mas blancos mis cabellos?”

“¿Y dó encender la lámpara apagada
De mi dudosa fé, dó ir por consuelo
Si yo del santo cielo
En el escrito azul no sé leer nada?
¿Si en su vieja impiedad endurecida
No ve tras dél el alma envilecida
Su fin y su morada!”

“¿Imposible creer! pero ¡ay! cuán duro
En duda pertinaz ir caminando
Sin creencia esperando
Un negro mas allá nunca seguro!
¡Ay del que nada cree y en nada espera,
Y no encuentra una luz que alumbre fuera
De caos tan oscuro!”

(162)

“No, no me sé amparar del cielo santo,
Que perdon no tendrá tanto delito,
Y el castigo infinito
Si me le atrevo á imaginar me espanto.
¡ Mejor es no creer ! Triste es la duda,
Mas no hay puerto mejor adonde acuda
Por entre escollo tanto.”

Asi pensó el ateo, ;y cuán en vano!
Que al olvidar su celestial esencia
De la tenaz conciencia
Dentro del corazon sintió el gusano.
Tornóse al cielo en su árida agonía,
Mas nada en él deletrear sabia
Su corazon profano.

Ciego que sabe que la luz existe,
Que oye elogiar el resplandor del cielo
Y no le es dado desgarrar el velo
Que ante sus ojos á la luz resiste,
¡ Mira ! le dicen, y en su audaz deseo
Tórnase á ver y esclama : *¡ nada veo !*
Desesperado y triste.

"¡Mejor es no creer!" Y abandonado
Sin esperanza en brazos de sí mismo
Por el oscuro abismo
De la duda fatal va despeñado :
"¡Mejor es no creer!" Y en su agonía
Siente que llega el postrimero día;
Y ¡ay dél si se ha engañado!

¡Ay del jardin donde las zarzas crecen;
Ay del palacio que las aves moran !
Y ¡ay de los siervos que impiedad imploran
Cuando en presencia del Señor parecen !
Y ¡ay! ¡ay de los que cruzan el desierto,
Y no conocen el camino cierto,
Y en la mitad del arenal perecen!

II.

Espíritu blanco y puro
Que con tu fanal seguro
Por el lóbrego recinto
Del mundano laberinto
Mis pasos guiando vas;
Angel que invisible velas
Mi existencia, y me consuelas,
Y en la noche sosegada
Á la orilla de mi almohada
Mi sueño guardando estás;

Tú que con alas de rosa
De mi mente calurosa
Benigno apartas y atento
El mundano pensamiento
Y la torpe tentacion,
¡Ay! ¡nunca de mí te alejes,
Nunca en soledad me dejes
Sin que tu fanal me alumbre,
Y esa ruin incertidumbre
No me roa el corazon!

(165)

Espíritu soberano,
Tiéndeme siempre tu mano,
Y mi afán, mi pensamiento
Endereza al firmamento
¡Oh espíritu tutelar!
Y en la noche silenciosa
Si brota mi fé dudosa
Alguna plegaria impía,
Con tu aliento de ambrosía
Purifícala al pasar.

Angel cuya sombra adoro,
Cuyo nombre santo ignoro,
Cuyo semblante no veo,
Y en cuya presencia creo,
Y cuya existencia sé,
Muéstrame el camino cierto
De este mundo en el desierto,
Y ¡guai que sin fin no vague
Y con los vientos se apague
La lámpara de mi fé.

A España artística.

SONETO.

¡Torpe, mezquina y miserable España,
 Cuyo suelo alfombrado de memorias
 Se va sorbiendo de sus propias glorias.
 Lo poco que há de cada ilustre hazaña:
 Traidor y amigo sin pudor te engaña,
 Se compran tus tesoros con escorias,
 Tus monumentos ¡ay! y tus historias
 Vendidos llevan á la tierra estraña.
 ¡Maldita seas, patria de valientes,
 Que por premio te das á quien mas pueda
 Por no mover los brazos indolentes!
 ¡Sí, venid ¡voto á Dios! por lo que queda,
 Estrangeros rapaces, que insolentes
 Habeis hecho de España una almoneda!

IRA DE DIOS.

El Angel exterminador.

En un confin recóndito del cielo
De una selva viviente circundado,
Dense y confuso y misterioso velo
Que le tiene del orbe separado,
Hay un alcázar de azabache, oscuro,
Que en un hondo torrente ensangrentado
La sombra pinta de su inmenso muro
En contornos de sangre reflejado.

Jamas el aura de perfume henchida,
Que en los jardines del Edem murmura,
En tal lugar estremeció perdida
Del rudo bosque la hojarasca dura;
Ni el sol radió con fugitiva lumbre,
Ni sonó por la lóbrega espesura,
Ni retumbó la cóncava techumbre
Mas que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmoble
 Que aquel recinto por do quier rodea
 Hace el pavor de quien se acerca doble,
 Y doble el caos á quien ver desea;
 Solo se alcanza entre las altas puntas
 Que el recio vendabal nunca cimbreo
 Entre dos torres del alcázar juntas
 Un faro que en la sombra centellea.

Ni ser alguno penetró el misterio
 Que guarda allí la ciencia omnipotente,
 Ni se sabe cuyo es aquel imperio
 Donde nunca se oyó rumor de gente;
 Ni arcángel sabio, ni profeta diestro
 De este sitio alcanzó confusamente
 Mas que la lumbré del fanal siniestro
 Y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
 En este alcázar negro y escondido,
 Donde nunca llegó pie temerario,
 Ni descansó jamas ojo atrevido,
 Ni mas sol alumbró que el rayo rojo
 Del fanal en sus torres suspendido,
 Tiene el Señor las arcas de su enojo
 Y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
 Que al son de aquellas aguas se ardormece,
 Y á los ojos de Dios solo visible
 Al acento de Dios solo obedece.

Arcangel vengador, del cielo asombro,
 Cuando deja el lugar do se guarece
 El rayo ardiendo y el carcax al hombro
 Pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento
 La eternidad existe en su memoria:
 Él solo del sagrado firmamento
 Entera sabe la infinita historia,
 Y al solo ruido de sus negras alas,
 Á su sola presencia transitoria
 Del firmamento en las eternas salas
 Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
 Arcángel torbo que las vidas cuenta,
 Vela de Dios el arsenal ardiente
 Y los ultrages del Señor asienta.
 El carro guarda allí cuya cuadriga
 Relincha con la voz de la tormenta,
 Y allí está con su lanza y su loriga
 La copa en que su cólera fermenta.

En ella hierbe con fragor horrible
 El ancho vaso hasta los bordes lleno,
 El tremendo licor incorruptible
 De las iras de Dios; y en su hondo seno
 Se fermenta la esencia del granizo,
 Y de la peste el infernal veneno,
 Y el germen del relámpago pajizo,
 Y el espíritu cóncavo del trueno,

Alli está el aire que el contagio impele,
 El zumo allí de la cicuta hendida,
 La sed del tigre que la sangre huele,
 Y de la hiena la intencion torcida.
 Y allí bulle en el fondo envenenado
 La única de furor lágrima herbida
 Con que lloró Luzbel desesperado
 Su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inespugnable,
 Instrumentos de la ira omnipotente
 Germinan en rebaño formidable
 Las mil desdichas de la humana gente.
 Y los vicios en torpe muchedumbre
 Se apiñan á beber la luz caliente
 De aquel fanal de cuya viva lumbre
 Es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo
 Á ejecutar la voluntad divina
 El misterioso espíritu tremendo
 Que en este alcázar funeral domina.
 Arcangel fiero, portador de enojos,
 Ase la copa, y por do quier camina
 El aire inflaman sus airados ojos
 Y las estrellas con los pies calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco
 Bajo sus alas cruje; desgrena
 De armas y quejas con estruendo bronco
 La guerra detras de él va despeñada:

Y asidas á las orlas de su manto
 Van tras él con la muerte descarnada
 La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
 Y la ambición de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece
 Y entolda su magnífica apariencia,
 El disco de la luna se enrogece,
 Y mancha el sol su fulgurante esencia.
 Do quier las nubes que su sombra evitan
 Se chocan y se rompen con violencia,
 Y cometas do quier se precipitan
 Presagios ¡ay! de la fatal sentencia.

Á su soplo la mar se encoleriza,
 Y con gigante voz muge y alruena,
 La planta de sus pies torna en ceniza
 La limpia concha y la esponjosa arena.
 El monte huella y la cerviz le inclina;
 Pisa en el valle y de fétor le llena;
 Y en la ciudad que á perecer destina
 Vierte el licor fatal y la envenena.

Y ese el arcangel fue que inexorable
 Lanzó al desnudo Adán del paraíso,
 Y de su raza en él junta y culpable
 Fijó á la vida término preciso.
 Él arrancó en el Gólgota empinado
 El ¡ay! postrero que exhaló sumiso
 El Dios que de la mancha del pecado
 Borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
 Del pueblo santo ante el becerro impuro;
 Sentenció á Baltasar y á Babilonia
 Con tres palabras que pintó en el muro:
 Inspiró al receloso Ascalonita
 El degüello fatal, y abrió seguro
 Nicho á Faraon, que con su gente habita
 Del indignado mar el fondo oscuro.

Él llevó el fuego de Alarico á Roma,
 Llevó á Jerusalem á Vespasiano,
 En una noche convirtió á Sodoma
 En lago impuro y en vapor insano.
 Rompió las cataratas del dilubio
 Cegadas al impulso soberano,
 Y encendió las entrañas del Vesubio
 Que busca sin cesar otro Herculano.

Y ese será el espíritu tremendo
 Cuya gigante voz sonará un día,
 Y á su voz de la tierra irá saliendo
 La triste raza que en su faz vivía.
 La creación se romperá en sus brazos,
 Y cuando toque el orbe en su agonía,
 Cuando á su soplo el sol caiga en pedazos
 ¿Qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.

EL ESCULTOR Y EL DUQUE.

Cuento

dedicado á la Señora Doña Matilde O-Reilly
de Lorrilla.

Nota del autor á su muger. Empecé la publicacion de mis poesías conociéndote, y las concluyo con tu nombre.

Madrid, Octubre 10 de 1840.

THE JOURNAL OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION

PUBLISHED WEEKLY

Subscription price, Five Dollars per Annum in Advance

Single Copies, Fifteen Cents

Entered as Second-Class Matter, October 3, 1917

Postpaid

Acceptance for mailing at special rate of postage provided for in

Act of October 3, 1917

Authorized by Act of October 3, 1917

Postage paid at Chicago, Ill.

Postmaster: This publication is entered as second-class matter

under Act of October 3, 1917

Postage paid at Chicago, Ill.

Postmaster: This publication is entered as second-class matter

under Act of October 3, 1917

Postage paid at Chicago, Ill.

Postmaster: This publication is entered as second-class matter

under Act of October 3, 1917

Postage paid at Chicago, Ill.

Postmaster: This publication is entered as second-class matter

under Act of October 3, 1917

Postage paid at Chicago, Ill.

Postmaster: This publication is entered as second-class matter

under Act of October 3, 1917

Postage paid at Chicago, Ill.

Postmaster: This publication is entered as second-class matter

under Act of October 3, 1917

Postage paid at Chicago, Ill.

Postmaster: This publication is entered as second-class matter

under Act of October 3, 1917

Postage paid at Chicago, Ill.

Postmaster: This publication is entered as second-class matter

I.

Año de mas ó de menos,
Sino miente mi memoria,
Mil quinientos veinte y dos
Corren, y una tras de otra
Por la preferencia luchan
Las muy esquisitas obras
Con que un escultor de Italia
Admira á Sevilla toda.
Sin dar tiempo á que se olvide
La fama que una le cobra,
Reputacion y caudales
Siempre la última le dobla.
Siempre dél espera el vulgo,
Y siempre el vulgo se asombra
Al ver el nuevo prodigio
De su mano creadora.
No hay rico que no le encargue,
Ni comunidad, por corta
Ó pobre que sea, á quien
Una efigie no se rompa.

Que habiendo por precision
 De buscar quien la componga,
 Mas vale hacer otra nueva,
 Siquiera por la mejora.
 Aquí tienen una Virgen,
 Pero es de mano muy tosca;
 Allí un crucifijo, y bueno,
 Pero la cruz es muy corta.
 Acá un San Juan de rodillas,
 ¡Cosa estupenda! mas sobran
 Dos líneas de la peana
 Y nunca bien se acomoda.
 Allá hay una Magdalena,
 ¡Soberbia estatua! ¡gran cosa!
 Mas dicen que por desnuda
 No es imagen muy devota.
 Y así cada cual encuentra
 Pretestos que le ocasionan
 Del taller del Florentino
 La visita rigurosa.
 Y así su fecunda mano
 Sin darse descanso brota
 Para uno un San Aquilino,
 Para otro una Dolorosa.

Y no es que maña ó agrado
 Emplée, pues fama goza
 Que dar crédito pudiera
 Al pirata Barbaroja.
 Alto, vigoroso, altivo,
 Aire audaz, mirada torba,
 Barba crecida hasta el pecho,
 Aliento recio y voz ronca,

Mejor que artista parece
 Bandolero, y mas importa
 Guardarse de él, que guardar
 Sus estátuas primorosas.
 Alcanza fuerzas hercúleas,
 Cólera mucha y muy pronta,
 Y son de largós sus hechos
 Lo que sus frases de cortas.
 No se acompaña con nadie,
 Ni á nadie contó su historia;
 Ni los valientes le arredran,
 Ni á los que callan provoca.
 Es con las damas cortés,
 Y aunque frio con las mozas
 No es con ninguna grosero,
 Y retrata á las hermosas.
 Es largo con los soldados,
 Que las armas le enamoran;
 Saluda siempre que alcanza
 Las banderas españolas;
 Y aunque con todos severo,
 jamas los chicos le enojan,
 Aplauda á los reboltosos
 Y acaricia á los que lloran.
 Lo mismo el sayo se ciñe
 Que se revuelve la cota,
 Lo mismo sacude el mazo
 Que sacude la tizona,
 Y sin que aperciba grande
 Diferencia de uno á otra,
 Lo mismo sierra un madero
 Como una cabeza corta.

Estrangero, y sin su gente
Que en su lengua le responda,
Que le recuerde sus gustos
Ó le lllore sus zozobras,
Ni conoce gerarquías,
Ni distingue de personas;
Jamás su trabajo lleva
Quien pródigo no le compra.
Ni tiene ni quiere amigos,
Que por experiencia propia
Sabe que muy raras veces
Los que no cansan, no estorban.
Y si los negros recuerdos
De sus pesares le acosan,
Oscureciéndole el alma
Como tempestades torbas
Que con negros nubarrones
Al son del viento se agolpan,
Con la fatiga del cuerpo
Los duelos del alma ahoga.
Y el pensamiento en Florencia,
La ambición puesta en su gloria,
Para vivir solo y triste
Todo lo demás le sobra.

II.

En un claustro de un convento
Como á las tres de una tarde
Hay gran reunion de gente,
Toda atenta y toda grave.
Tornados tienen los ojos
Todos á la misma parte,
Los nobles y el populacho,
Los soldados y los frailes.
De cuando en cuando se escucha
Murmullo y cortadas frases
De los que no han visto y llegan,
Y de los que ven y parten.
Unos dicen ¡braba pieza!
Dicen otros ¡cosa grande!
Y se empujan y encaraman
Los de atras en los de alante.
Uno alaba los contornos,
Lo leve otro del ropage,
Otro las manos del niño,
Otro el rostro de la madre.

:

Quién, dice que la cabeza
 Es un prodigio; admirable
 Dice otro que es la invencion,
 Citando reglas del arte;
 Y todos al par confiesan
 Que ella es de las mas cabales
 Obras, que á pública vista
 Se han puestô cien años hace.
 El que no entiende ve y calla,
 Y en ver hace lo bastante,
 Que al buen callar llaman Sancho,
 Y sobre ver esto baste.
 Lo mas que á alguno le ocurre
 De los muchos que *no saben*
 Es volviéndose á algun monge
 Preguntar:— ¿ *Quién lo hizo, padre?* —
 Á lo que con voz sonora
 Dice satisfecho el fraile:
 — Se le encargó á un italiano,
 ¡Y es gran cosa! Bien lo vale.
 Como quien dice— ¿ *Se compra*
Porque no habrá quien lo pague! —
 Y el vulgo que atento lo oye
 Se queda á oscuras como antes.

Fuése al fin disminuyendo
 La concurrencia, y la imagen
 Quedó cercada en el claustro
 De unos cuantos personajes,
 Todos ellos genté hidalga
 Si se esceptúan los padres
 Del convento, que les rien,
 Y lo que dicen aplauden.

Más entre todos hay uno
Cuyo exterior respetable
Decoran altas insignias
Civiles y militares,
Que con mirada severa
Y desabrido semblante
Mirando estuvo gran trecho
La escultura venerable:
Y recogidos los párpados,
Fruncido el ceño, fugándose
Las miradas de los ojos
Cual si mucho le pesase
Que sospechen de la estatua
Lo que piensa ó lo que sabe,
Está en situacion confusa,
Difícil, é inesplicable.
Mostráronle una tras otra
Las bellezas y bondades
De la estatua, lo armonioso
De la escultura y lo facil;
La espresion y el movimiento
Del conjunto; y de las partes
El desempeño y estudio,
Todo á cual mas estimable.
Mas él á las advertencias
Contestando con señales
De atencion poco espresivas
Contemplábala el semblante.
Y á fé que el de la Madonna
Era cosa de admirarse,
Rostro peregrino y bello
En efígie cuanto cabe.

(182)

Representóla el artista
Sonriendo al tierno infante
Que la colocó en los brazos
Á su pecho alimentándose.
Reía el niño y mirábala,
Sonreía ella mirándole,
Y revelaban entrambos
El placer mas entrañable,
Él libando de sus pechos
Néctar dulcísimo y suave,
Ella dándole la esencia
De su purísima sangre.
Y en situacion tan sencilla,
Verdadera, é inefable,
Que era imposible sin lágrimas
Á sangre fria mirarles.
Por último, anocheciendo
Y necesaria faltándoles
Luz, se apartaron del claustro
Los hidalgos y los frailes.
Cerraron cuidadosamente
La puerta con dobles llaves,
Y hasta el pórtico salieron
Tras el frio personage,
Que devolvió sus saludos
Con atentos ademanes,
Como quien tal los merece
Y harto en recibirlos hace.
Quedaron en pie los monges
Hasta que volvió la calle,
Y él dió el brazo á un caballero
Que deja que le acompañe.

III.

Cerraba espesa la noche
Fria, y amagando lluvia,
Por lo que aprietan el paso
Y los embozos se cruzan.
Y entre el rumor de sus huellas,
Entrecortada y confusa
De los dos nobles á trozos
La conversacion se escucha.
—¿Qué os há parecido, duque?—
—Esquisita es la escultura.—
—Mucha atencion la pusisteis.—
—¿Lo echasteis de ver?—

—Sin duda.—

—Mas de una hora habeis estado
Delante de ella.—

—Me gusta;

Y os lo confieso, marques,
Á estar hoy en venta pública...—
—¿Eso os detiene? pedidla.
Vos sois en Sevilla...—

— Nunca ;

Eso fuera prevaleirme
De mi posición, segura
Mi ganancia, y pues los monges
La obra encargaron, ya es suya. —
Siguieron cruzando calles,
Tomando señas en unas,
Equivocándose en otras,
Como quien camino busca,
Y al cabo de muchos pasos
Y equivocaciones muchas
Llegaron frente una casa
De una callejuela oscura.
— Aquí vive, dijo el duque. —
— ¿ Quién ? —

— Alabo la pregunta. —

— ¿ Me habeis dicho adónde vamos ? —

— ¿ No ? —

— No. —

— Pues muy oportuna

Es la ocasion para verlo. —

Y á una violenta y ruda

Aldabonada la puerta

Estremecida retumba.

Oyéronse en la escalera

Pasos, y por las junturas

Penetró la luz movible

Con que por dentro se alumbran.

— ¿ Quién es ? — preguntó dulcísima

Una voz suave que anuncia

Una muger, cuya forma

Aún á la vista se oculta.

— *Hidalgos*, — dijo el de fuera.

— ¿Y á quién los *hidalgos* buscan? —

— Al escultor Torrigiano.

¿Vive aquí? —

— Sin duda alguna. —

Se abrió la puerta, y entrando
Los dos *hidalgos* á una,
Sus dos ánimas quedaron
Estupefactas y mudas.
Y aunque espresion muy diversa
Muestran sus rostros, acusan
Los dos el asombro interno
Con que sus afectos luchan,
Y á fé que asombro merece
Lo que á contemplar se agrupan,
Lo que aún á creer no aciertan
Pasmados de la aventura.
Porque asida al picaporte
Y á la luz trémula y turbia
De una bujía, que al soplo
Del aire brilla insegura,
Delante sus ojos tienen
Bella aparicion nocturna,
De la *Madonna* del claustro
La exactísima figura.
Aquel peregrino rostro,
Aquella trenzada y rubia
Cabellera, aquellos ojos
Que al cielo el color anublan,
Aquella sonrisa de angel
Tan celestial y tan pura,
Aquellos brazos tornátiles

(186)

Y aquellas manos menudas,
Son ¡vive Cristo! las mismas
De la divina escultura,
Y ello será brujería,
Pero ambas á dos son una.
Mirábanse el uno al otro
Los hidalgos, y confusa
Mostrábase ella, su espanto
Sin saber á qué atribuya,
Hasta que el duque el embozo
Bajando, la faz ceñuda
Mostró á la luz, y la niña
Conociéndola se turba.
— ¡Hola! (dijo aquel subiendo)
Mucho de casas te mudas.—
Y ella contestó cerrando:
— Ya veis, don Juan, qué era mucha
La esposición de vivir
Á solas con mi fortuna.—
— ¡Hém! dijo el duque lanzando
Una tos seca y profunda,
No es mala tu compañía
Si mucho tiempo te dura.—
Y mascullando otra tos
Que la garganta le anuda,
Llegó á una sala cuadrada
Donde el Florentino estudia.

Púsose en pie el escultor,
Y arrimando dos sitiales,

(187)

Escusó ceremoniales
Hablando en este tenor.

TORRIGIANO.

¿Á qué fortuna merezco
El honor de esta visita?

DUQUE.

Á un señor que necesita
Una obra, y os la ofrezco.

TORRIGIANO.

Acepto, si la sé hacer
Á gusto de esa persona.

DUQUE.

Es copia de una Madonna
Que habeis concluido ayer.

TORRIGIANO.

¿El tamaño?

DUQUE.

Á vuestro gusto,
Como me la bagais igual;
La semejanza cabal
Es en ella lo que ajusto.
¿Acceptais la condicion?

TORRIGIANO.

Si no es como la prometo
Á dárosla me someto
Sin gozar retribucion.
Pero si igual ha de ser,
Francamente os quiero hablar,
Tengo alli que retratar
Á mi hijo y mi muger.

DUQUE.

¡Cómo!

TORRIGIANO.

Tuve ese capricho
En la que ayer concluí,
Y á no ser la estatua así
Es imposible lo dicho.

DUQUE.

¿Y ese amante desvarío
Puedo yo culparos? No.
Haré vuestro gusto yo,
Si vos me cumplís el mio.

Callaron por un momento
Como quien recela ó duda,
Y un punto consigo mismo
Su resolución consulta.
Y el hidalgo y el artista,
Que uno de otro se aseguran,
Al mismo tiempo dejando
Su actitud meditabunda,
Cambiaron como por prendas
De la confianza última
Esta respuesta el hidalgo.
Y el artista esta pregunta:

TORRIGIANO.

Pues que no anduvimos parcos
De esplicaciones los dos,
¿Me direis si es para vos?

DUQUE.

Llevádsela al duqué de Arcos,
¡Que no os pesará por Dios!

IV.

Y yendo y viniendo dias,
Y sin tregua el escultor
Trabajando, á los cuarenta
La Madonna se acabó.
Copia completa y exacta
De la Madonna anterior,
Hija de la misma mano
Y la misma inspiracion.
Cifra en que el fogoso artista
Su cariño formuló,
Fue el suspiro postrimero
Que exhaló su corazon.
Porque el arte es un amigo
Benigno y consolador
Que paga con un instante
Muchos años de afliccion.
Es un suave y encantado
Y aromático licor
Que el brio rejuvenece
De la perdida ilusion,

Que provoca el entusiasmo,
 La esperanza y el amor,
 Y vuelve á encender el fuego
 de la fé que se apagó.

Es un bálsamo escondido
 Del ánimo en un rincon,
 Que cicatriza las llagas
 Que la desventura abrió.

Y hay un sacro y absoluto
 Momento de bendicion
 En que el placer del artista
 Lo concibe solo Dios.
 Pues no halla la mariposa
 Con tanto gusto una flor,
 Ni halla una floresta el ave
 Que de la jaula escapó,
 Ni halla afanada la abeja
 La miel de que vaga en pós,
 Ni halla el mísero cautivo
 La luz que ver no esperó,
 Con tan intensa y tan pura
 Celestial satisfaccion
 Como halla el cansado artista
 Lo que él á solas creó.
 Es un sueño venturoso
 Que en alas de la ilusion
 Muestra al alma un ignorado
 Paraíso encantador.
 Es el beso de una madre
 Al hijo que le nació,
 Por cuya vista ha sufrido
 Largas horas de dolor;

(191)

Que le ama mas, cuanto mas
La cuesta su posesion ;
Y... no hay simil de ambas cosas
Mas exacto ni mejor.

Y pues su linda Madonna
Torrigiano concluyó,
En ese cielo del arte
Dejemos al escultor.

Á la mañana siguiente
La preciosísima efigie
Esperaba al duque de Arcos
Que acabara de vestirse ;
Y mientras miran y admiran
Lacayos y ministriles
La verdad y la hermosura
De la inanimada Virgen ,
En la retirada calle
Donde el Torrigiano vive
Está pasando otra escena
Que no es justo que se olvide.
Dejemos al noble duque
En armas y amor insigne
Que la divina escultura
Enamorado acaricie :

Dejemos al Florentino,
Que de su mano recibe
Repleto saco, que augure
Horas tras su afan felices;
Y entrémonos en su casa,
Donde su amorosa Tisbe
Está á la reja esperando
Que dé la vuelta el artífice.
No se sintió por su ausencia
La esposa nunca tan triste,
Ni de su inquietud secreta
La estraña razon concibe;
Mas su ardiente pensamiento
Mil sobresaltos la finge,
Y el corazon con mil ansias
No acierta qué vaticine;
Y ello es un hondo misterio
Y un' arcano incomprensible,
Mas tiene presentimientos
El corazon infalibles.
Mirando estaba impaciente
De la calle los confines
Por ver si llega mas pronto
Ó mas pronto le apercibe,
Cuando un hombre que se acerca
Rápido, con mano firme
Tira un papel por la reja
Y contestacion la pide.
En vano tal osadía
Querido hubiera impedirle,
Y en vano algunas palabras
De justo enojo le dice.

(193)

El hombre pasa y no escucha ;
Le llama... le grita y sigue ;
Y allá hácia el fin de la calle
Vuelve á pararse impasible.
Á poco rato el mismo hombre
Paso á paso se dirige
Otra vez á la ventana ;
Y esto que advierte la Tisbe
Toma la carta del suelo ,
Aguarda que se aproxime ,
Y con desprecio tirándosela
Que despeje le repite.
Cerró los vidrios de golpe ,
Pero ni tiempo consigue
Para encajar la falleva ,
Porque el hombre , que se sirve
De ambas manos , deteniéndolos
Con vigor irresistible
Volvió la carta diciendo :
— *Sin respuesta no he de irme.* —
Y al ir palabras mas duras
Colérica á dirigirle ,
Apareció el Torrigiano
Y palideció la Tisbe.

TORRIGIANO.

¿Qué es eso , Tisbe ?

TISBE.

Un infame

Que dos veces ha pasado
Y ese papel ha tirado
Por la reja.

(194)

TORRIGIANO.

El papel dame,
Que á lo que veo él ha huido;
Mas ¿qué tiemblas, alma mia,
No ves que de su osadía
Tú la culpa no has tenido?

TISBE.

¡Ay Pedro! que ese papel
Me da recelos fatales,
Y me parecen puñales.
Cuántas letras hay en él.

TORRIGIANO.

¡Calla, inocente!

TISBE.

No le abras.

Pedro.

TORRIGIANO.

¿Saber no es mejor
De qué mal es portador?
Y al fin, son cuatro palabras.

(Abriendo la carta, á Tisbe.)

Pero Tisbe, es para tí;
Tu nombre al principio viene...
Veamos lo que contiene,
Y escucha, que dice así.

(Lee.)

Tisbe, elige: está en tu mano
Mi ventura y su sentencia:
Un día de resistencia
Da la muerte al Torrigiano.

TISBE.

¡Ay, Torrigiano, ay de mí!

(195)

Que con mi negra hermosura
Te trage la desventura,
Y acaso muerte te dí.

TORRIGIANO.

¿Mas qué misterio penetras
En ese papel, que á voces
Mi muerte auguras? ¿Conoces
Quién hizo, Tisbe, esas letras?

TISBE.

No, lo adivino no mas:
De un villano que en tú ausencia
Con inaudita insolencia
Me enamoró son quizás.
Toda Sevilla corrí,
De casas mudé esquivándole,
Y logré desorientándole
Vivir escondida aquí.
Cobréle un horror intenso
Desde el momento de verle,
Y solo supe temerle,
Y no lo bastante pienso.

TORRIGIANO.

¿Y por qué no me has mostrado
Á ese traïdor cara á cara,
Y en mis brazos acabara,
Que era morir muy honrado?

TISBE.

Á verte una noche vino
Y en mi cuarto me encerré,
Como quien siente y no ve
Los pasos de un asesino.
Y ni escucharos osaba,

:

(196)

Porque tal horror sentía,
Que aun de su voz si la oía
No sé qué me recelaba.

TORRIGIANO. (*Desesperado.*)

¡Y yo, necio, se la dí,
Se la llevé yo, en personá...!

(*Á tisbe.*)

Y viendo aquella Madonna
Que se parecia á tí,
¿No lo adivinabas tú?

TISBE.

Temí, Pedro, que tus zelos...

TORRIGIANO.

¡Cargue, voto va los cielos,
Con tu miedo Belcebú!
¡Ira de Dios, y qué á punto
Con mi maldita escultura
Yo mismo de tu hermosura
Fuí á presentarle el trasunto!
¡Por ella su lengua fátua
Me hará de irrisión objeto...!
¡Maldito si no le meto
En el cerebro la estatua!

Y esto el escultor diciendo
La espada en el cinto pone,
Y desatinadamente
La mano en el picaporte.
No basta que de rodillas
Ante él la hermosa se postre,
Ni que las suyas abraze,
Pues sus intentos supone;
Que ni advertencias admite,

Ni frios consejos oye,
Ni lo que intenta concibe,
Ni ve lo que se propone.
El hombre en aquel momento
Solo necesita un hombre,
Y pues encontrarle es fuerza
Sin duda que sabe en dónde.
Quedóse la Tisbe sola
Y á los vidrios asomóse,
Los ojos llenos de lágrimas,
Y el corazon de temores.
Asi estuvo largo tiempo,
Sin que distraerla logren
De sus pensamientos tristes
Y negras cavilaciones,
Ni de la luz reflejada
Por el cristal los colores
Brillantes, ni las figuras
De la calle, ni las voces.
Hasta que vuelta á sí misma
De los cristales quitóse,
Y viendo aún en el suelo
El papel infausto asíóle.
Tendió sin ver lo que hacia
Los ojos por sus renglones,
Y helóse al ver estos cuatro,
No leídos hasta entonces.

“Esta profana escultura
» Diviniza una pasion,
» Y enviada á la inquisicion
» Os abre la sepultura”

(198)

Lanzó la infeliz un grito,
Y como el tiro conoce,
Hacia el palacio del duque
Desalentada corre.

V.

El sombrero hasta las cejas,
Fiera y sombría la cara,
Atenazados los dientes
Y echada al hombro la capa,
Como una sombra fatídica
De algun panteon escapada,
Por la escalera del duque
Audaz Torrigiano avanza.
De cuatro en cuatro las sube,
Y un tramo tras otro gana,
Cual si en trepar con tal brío
Alguna apuesta ganara.
Las salas resuelto cruza,
Y á detenerle no bastan
Las señas de los porteros
Y las voces de los guardas.
Al uno con un bufido
De ira ó desprecio le espanta,
Al otro de una embestida
Le tumba en tierra de espaldas.

Y así sin mas miramientos
 Llegó de una en otra estancia
 Del gabinete del duque
 Hasta tocar la mampara.
 Asíola del picaporte,
 Y por si en abrirse tarda,
 Con sacudida violenta
 Del quicio la desencaja.
 Sintió el estrépito el duque,
 Y al ir á volver la cara
 Ya el Torrigiano tenia
 La mano en su hombro posada.
 — ¿Qué me quereis, Señor mio? —
 — Mi escultura. —

— Está comprada. —

— Ahí teneis vuestro dinero,
 No quiero venderla, dádmela. —
 Y el Torrigiano en la mesa
 Tiró el saquillo de plata
 Que en precio de la escultura
 Recibió por la mañana.
 Rióse el duque, y le dijo:
 — ¿Sabe, buen hombre, á quién habla?
 ¿Sabe que solo mi voz
 Para aniquilarle basta? —
 Rugió el Torrigiano de ira,
 Y dijo con voz ahogada:
 — Será si la dejo yo
 Que pase por la garganta;
 Y no piense que eso es solo
 Lo que á mi cólera basta.
 Ahora venga la escultura,

Luego, pues dagas y espadas
Tenemos, y hombres nacimos,
Saldrá de aquí lo que salga.—

Y avalanzándose rápido
Á las puertas que la estancia
Tras de la mampára cierran,
Con resolucion esclama:
— Ó defendeos, ú os mato,
Que os juro que vuestra carta
Otra respuesta no tiene
Que un párrafo de estocadas.—

Y ya sin otro remedio
Asió el duque espada y daga,
Y trabóse la contienda,
Que por Dios que fue empeñada.
El artista, que se sirve
Cual del cincel de su arma,
El pecho de su contrario
Á cada momento amaga.
Y aunque de audaz y valiente
Con reputacion sobrada,
No se dió por muy seguro
El duque, que ya pensaba
En ganar tiempo, aunque acaso
Toda la honra costara;
Mas la rapidez del otro
Hasta la voz le embargaba.
Y se perdian sus ojos
Y sus manos no bastaban
Á parar tan recios golpes
Y tan recias cuchilladas;
Y aunque muy bien se defiende,

Que al fin le va vida y fama,
Ya en el rincón de una puerta
El escultor le acorrala;
Y ya el feroz Torrigiano,
Que ve cerca su venganza,
En coserle contra el quicio
Con negra intencion pensaba,
Cuando tremendo tumulto
Que por de fuera se alcanza
Llegó en confuso desorden
Hasta la pieza inmediata.
Crujía asida la puerta
Y caer amenazaba,
Y miedo el duque perdía
Y el Torrigiano esperanza.
Aquel ganaba terreno,
Y así la lid comenzada
Cambió de aspecto en un punto
De consecuencia y de causa,
Porque al dar el Torrigiano
En una pared de espalda,
Se abrió al empuje, de lienzo
Una puertecilla falsa.
Cayó en aquel aposento,
Cerro el duque, y en la estancia
Donde quedó el escultor
Topó con su efigie infausta.
Y rebosando despecho
Y de otro enemigo á falta
¡Maldita seas! la dijo,
Y dióla una cuchillada;
Á cuyo momento entrando

Páges, corchetes y guardias,
Dijo señalando el duque
Los pedazos que rodaban:
— Á la inquisition llevadle,
Las imágenes maltrata;
Si se resiste amarrarlo,
Y si grita una mordaza.—
Lanzáronse al Torrigiano,
Que en la triunfante mirada
Que le lanzó su enemigo
Vió bien lo que le restaba.
Tomaron pues los pedazos
De la destruida estatua,
Y desgarrado el vestido,
Las manos atras atadas,
Sacáronle del palacio
Entre broqueles y lanzas,
Y echaron al santo oficio
Atravesando la plaza.



CONCLUSION.

¿Qué te valió, buen soldado,
Con noble empeño lidiar
Para comprar con tu sangre
El sol de tu libertad,
Si Pisa y el Garigliano
Solo en tu memoria estan
Como vageles perdidos
En la llanura del mar?
¿Qué te valieron, artista,
Tus largos dias de afan,
Tus largas noches de vela
Y de esperanza tenaz,
Si en tus cadenas traidoras
Tu gloria se va á estrellar,
Y no habrá en tu sepultura
De tu nombre una señal?
¿Sueños de la juventud,
Sueños de gloria fugaz
Que en un negro calabozo
Fuisteis al fin á parar;

Cifras con que fulminaron
Una sentencia fatal,
Su acongojada memoria
No tiraniceis jamas!
Delirios de amor dichosos
Que vinísteis á alumbrar
De su tormentosa vida
El continuo vendabal,
Id á vuestras alas viento
En otra ánima á buscar,
Y en sus cadenas dormido
Al pobre artista dejad.
Dejad que duerma un instante,
Y ese instante pueda hallar
Entre sus sueños febriles
De triste felicidad.
¡Ay! cuán duro, Torrigiano,
Te va á ser el despertar
Al rumor de los cerrojos
Y á la odiosa realidad.
Duerme tranquilo, ¡soldado!
Reposa un momento mas,
Que al cabo así no es tan duro
Con el castillo volar.
Duerme sin temor, ¡artista!
Que los nudos del dogal
El laurel de tu corona
No han de poder deshojar.
Duerme, despechado amante
Que á morir por tu amor vas,
Y no temas de tu Tisbe
Un olvido criminal.

Duerme, mientras sollozando
Bajo tus rejas está,
Y sus suspiros te roba
Al airecillo fugaz.
En vano á tus carceleros
Ansiosa fue á preguntar;
En vano oró largas horas
En la santa catedral;
En vano quiso á tus jueces
Con lágrimas conquistar,
Que ni la tierra ni el cielo
Oído á sus penas dan.
Sí; mientras tú te resuelves
Á morir en soledad
Y á darles muerta la carne
Que quieren ver palpar,
Ella resuelve contigo
Llegar á la eternidad,
Y al pie de tu calabozo
Cuando espires, espirar.
Que está segura que su alma
Saldrá tu alma á buscar,
Y cuando aliento te falte
Aliento la faltará:
Tierna paloma que el grano
No sabe sola encontrar,
Y espira cuando la falta
Quien alimento la da.
Duerme, Torrigiano, duerme,
Que es muy duro despertar
Al rumor de los cerrojos
Y á la odiosa realidad.

Oyéronse por defuera
 Rudamente rechinar,
 Y abrió el escultor los ojos
 Á la negra oscuridad.
 Y aun de los lazos del sueño
 Sin poderse desatar,
 El ruido oyó, y el soldado
 Preguntó altivo: ¿Quién va?
 Pero al ver con sus linternas
 La gente del tribunal,
 La noble cerviz al pecho
 Tornó el mísero á doblar.
 Y para oír su sentencia,
 Dada sin juicio quizás,
 Aguardó en mustio silencio
 Á que quisiesen hablar.
 — ¿Cómo os llamais? —

— Torrigiano. —

— ¿Sois de Florencia? —

— Es verdad. —

— ¿Soldado? —

— Con una espada,

No lo pudierais dudar. —

— ¿Teneis amor á las armas?

¿Si os dieran una... —

— Ojalá. —

Y á esta idea el escultor
 Como quien la puede usar,
 Echó mano á su cintura,
 De donde faltaba ya.
 Lanzó el artista un suspiro,
 Y tornándose á sentar

Dijo en derredor mirando:

— Es inútil, despachad!—

Siguió preguntando el hombre

Deletreando á la par:

— ¿Habeis hecho aquesta imagen?—

Y el triste á pregunta tal

Volvió los ojos á su obra

Y al cabo... rompió á llorar;

Y echando al busto los brazos

Con desesperado afan,

Pidió que antes de romperla

Se la dejaran besar.

Lo cual demencia juzgado,

Y deseando abreviar,

Por r  spuesta le leyeron

El pergamino fatal,

Donde sin apelacion

Con tres palabras no mas

Al fuego le condenaba

Por herege el tribunal.

Volvi  ronle pues el rostro,

Y uno    compasivo asaz,

   no alcanzando en qué uso

aquel madero ocupar,

Díjole con befa estúpida:

   Vaya, buen hombre, tomad!

Y el busto de su Madonna

Le ech   á los pies al cerrar.

Cuando á la fin de tres días
Llegó la hora tremenda

De cumplir en Torrigiano
 El rigor de su sentencia
 Llegaron hasta su encierro
 Los que debian ponerla
 Por obra, y los seis cerrojos
 Descorrieron de su puerta.
 Á voces y por su nombre
 Le llamaron desde fuera,
 Mas sus voces se perdian
 En lo hondo de la caverna.
 Tornaron á llamarle ellos
 Y á faltarles la respuesta,
 Hasta que asiendo una antorcha
 Penetraron en la cueva.
Vamos, dijeron, herege,
Que está ya ardiendo la hoguera.
 Y en faz amenazadora
 Avanzaron á su presa.
 Mas Torrigiano yacía
 Inmóvil, y sentado en tierra,
 Las manos en las rodillas,
 Y en las manos la cabeza,
 Que asidas convulsamente,
 Y enclavijadas con fuerza,
 Guardaban algun objeto
 Que se adivinaba apenas.
 — ¡Arriba! — á gritar tornaron;
 Pero mirando su inercia
 Empujáronle con ira
 Y dió de rostro en la tierra;
 Rodó por el pavimento
 Aquel busto de madera,

Que el rostro de una Madonna
 En su Tisbe representa,
 Y á sus pies quedó tendido
 El escultor, que les deja
 Su gloria con su cadáver
 De su ejecucion en prenda.
 Que quien nace hidalgo y fiero
 No puede con la vergüenza
 De acabar con ignominia
 En una patria estrangera.
 ¡ Pobre Tisbe ! ¡ cuán en vano
 En ese dintel le esperas
 Pasando noches y dias
 Del santo oficio á la puerta !
 Resuelta estás á morir
 Sobre esas heladas piedras,
 Ó á ver otra vez al alma
 De tu marchita existencia ;
 Mas como ese tribunal
 Jamas su víctima suelta,
 Colige de ambos á dos
 Cuál es, Tisbe, la sentencia.

Y pues solo el Torrigiano
 En su desventura-fiera
 Aguardó para morir
 Á poder delante de ella ;
 Y Tisbe amor tan inmenso
 Para el Torrigiano encierra

(211)

Que ser no sabe sin él
Ni alentar donde él no alienta,
Aquellas dos nobles almas
La una de la otra existencia
Al cielo á la par volaron,
Y si hay Dios ¡ dichosas ellas!



ÍNDICE

DEL TOMO OCTAVO.

	Páginas.
Dedicatoria á D. J. E. Hartzenbusch.	3
El Capitan Montoya.	7
Vigilia.	82
Gloria y orgullo.	90
Pereza.	96
Cadena.	102
En un album.	106
Misterio.	107
Justicias del rey don Pedro.	113
* * *.	133
Á la luna.	139
Horizontes.	145
Impresiones de la noche.	153
Fé.	160
Á España artística (soneto).	166
Ira de Dios.	167
El escultor y el duque.	173



APÉNDICE

AL

TOMO OCTAVO.

APOTEÓSIS

DE

Don Pedro Calderon de la Barca.

1543

1543

LA FAMA.
EL REPOSO.
LA CRÍTICA.
HOMERO.
VIRGILIO.
SHAKSPEARE.
CERVANTES.

COROS Y ACOMPAÑAMIENTOS CORRESPONDIENTES.

Esta Apoteósis, escrita espresamente para representarse en el teatro del Príncipe con motivo de la exhumacion de los huesos del célebre Poeta D. Pedro Calderon de la Barca, pertenece á la Galería Dramática, y es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 8 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

ESCENA PRIMERA.

Alegoría del alcázar de la MEMORIA, figurando un antro oscuro con cinco puertas ó nichos que se abren á su tiempo. Al levantarse el telon se oye música y cantan dentro.

Pasad, ruidos livianos,
Inútiles quimeras,
Espíritus mundanos
Que de la tierra prófugos
Por las tinieblas vais.
Pasad, sin que al tumulto
De vuestros pies profanos
De mi palacio oculto
La soledad pacífica
Pasando interrumpais.
¡ Pasad, pasad !

Aquí no está el imperio
 De vuestra magia impura,
 Aquí de hondo misterio
 Entre los velos mágicos
 En blando sueño estan
 Los Genios que vertieron
 La luz sobre la tierra,
 Los que de Dios bebieron
 La ciencia y el espíritu
 Con anheloso afan.

¡Pasad, pasad!

LA FAMA. (*Saliendo.*)

¡Há del reposo que en las tumbas mora!
 ¡Há del misterio que velando está!

EL REPOSO. (*Dentro.*)

¿Quién de las tumbas atencion implora?
 ¿Quién por mi reino descarriado va?

LA FAMA.

La Fama soy, que de la tierra vengo.

ESCENA SEGUNDA.

Abrese la puerta del centro, y aparece en un lecho
EL REPOSO coronado de adormideras.

EL REPOSO.

¿Qué pasa pues en la fatal mansion?
¿Llegó el instante en que sin tino tengo
Los sellos que romper de mi panteon?
¿Tocó en su colmo la locura humana?
¿La cólera de Dios se desbordó
Y el orbe á polvo tornará mañana?
¿Vuelve la nada á su principio?

LA FAMA.

No.

El tiempo sigue su veloz carrera,
El mundo largo tiempo vivirá,
Y largo sueño en tu mansion espera
Á los que su antro cobijando está.

Mas óyeme un instante, y tus oídos
 La nueva que divulgo escucharán,
 Y tus genios de gozo estremecidos
 En su lecho de marmol se alzarán.

Hay un rincon de la atrevida Europa
 Do una raza de inmenso corazon
 Vive, y guarece su triunfante tropa
 La sombra de un Castillo y un Leon.

España, sí, que vencedora un día
 Dos mundos ocupó con estrechez;
 España, que negaba y concedia
 Tierra donde vivir, con altivez;

Existe libre de estrangero yugo
 Por mas que Europa la contemple audaz,
 Y ser quisiera su fatal verdugo,
 Siempre envidiando su valor tenaz.

La inquieta Europa que intentó humillarla
 No la conoce todavía bien,
 Y atenta solamente á encadenarla
 La mira desde lejos con desden.

Pobre, ignorante y sin poder la entiende,
 De sí misma la juzga sin amor,
 Y ella á su vez su libertad defiende
 Con su fé solamente y su valor.

Tinta en la sangre de sus propios hijos,
 Cercenada de intrusos por do quier,
 No ha sabido á desastres tan prolijos
 La gloria de sus hijos posponer.

Templos les abre, y les eleva estátuas,
 Y "esos son, (dice á los estraños) sí,

Los que pregonan vuestras lenguas fátuas
Sin recompensa ni memoria en mí.—

¿No hay aquí gloria?—Sin que mucho tarde,
Calderon y Cervantes lo dirán.—

¿No hay libertad?—Daoiz y Velarde
Á daros un ¡mentís! despertarán.”—

Eso dice la España postergada,
Eso la fama anunciará veloz;
Díselo tú, Reposo de la nada,
Á esos que duermen sin oir mi voz.

Si al viento de las recias tempestades
Con que su patria desolar se ve
Ardiendo se desploman sus ciudades,
Sus mausoleos quedarán en pie.—

Diles que duerman sin odiar los hombres
Á esos que grandes y españoles son,
Y que no ignoren que escribió sus nombres
Á par de los mas grandes su nacion.

EL REPOSO.

Sí les diré. Sus almas bienhadadas
Con tus nuevas ¡oh Fama! gozarán,
Y con blanda sonrisa en sus almohadas
Á posar la cabeza tornarán.

Que aquí halla amparo, proteccion y asilo
Cuanto atañe al descanso y al placer,
Aquí reposa el corazon tranquilo
De la ansiedad con que acertó á nacer.

LA FAMA.

¡Oh! tengan ese mísero consuelo
Que el envidioso mundo les negó,
Ahora que ven que sin premiar el cielo
Jamás el genio y la virtud dejó.

EL REPOSO.

Las alas otra vez tiende segura,
Tórnate en calma donde alumbra el sol;
Ellos sabrán en mi mansion oscura
La gloria de ese Fénix Español.

LA FAMA.

¿Quién trajo aquí sin mi poder la nueva?

EL REPOSO.

Há siglo y medio ¡oh Fama! que la sé,
Que há siglo y medio que en el mundo prueba
Con sus palabras Calderon quién fue.

LA FAMA.

La lumbre de su gloria reverbera
Por cuanto alumbra el rutilante sol,
Y España olvida su contienda fiera

II

Escuchando su Fénix Español.

EL REPOSO.

Por quién es, está aquí; yo que le guardo
El primero á mi vez le conocí.

LA FAMA.

Su triunfo dile.

EL REPOSO.

Á que se torne aguardo.

LA FAMA.

¿No está en tus reinos?

EL REPOSO.

Volveráse á mí.

Á recibir la merecida palma
Á su alcázar la gloria le llamó,
Y hoy volverá regocijada el alma
Al lecho que un instante abandonó.

LA FAMA.

Á Dios te queda pues.

EL REPOSO.

Vé tu camino,

Y allá en los sitios por do errante vas
Venga á la España y su cantor divino,
Que bien merecen los de España mas.

LA FAMA.

¡Guai de quien mira necio ó atrevido
Con ojos insolentes su pendon!
¡Guai del que asome cuando dé un rugido
Y despierte iracundo su leon. (*Vuela.*)

ESCENA TERCERA.

EL REPOSO.

Y vosotros que en sueño perfumado
En vuestro lecho de laurel dormís,
Alzaos y gozad con lo pasado,
Levantaos á ver cómo vivís.

¡Há de los mansos soñolientos sonos
Qua arrullan y adormecen mi mansion,
Cantad, y al entonar nuevas canciones
El descanso romped de mi panteon!

No traigais el murmullo de las hojas,
Ni de las fuentes el rumor tenaz,
Ni el son del aura en las espigas rojas,
Ni el suspiro del céfiro fugaz.

Venid sobre el perfume de las flores
Con el vario cantar del ruiñeñor

Cuando cuenta á la aurora sus amores
El rocío libando en una flor.

Traed las armonías que en la gloria
Se exhalan del laúd del serafin,
Y á las puertas llamad de la memoria
De los que duermen sin temer su fin.

¡Cantad! y que despierten un momento
Su gloria inmarcesible á contemplar
Como á los besos de amoroso viento
Las flores, que se vuelven á cerrar.

*Ciérranse las puertas que muestran el lecho
del REPOSO, y se oye dentro música.*

ESCENA CUARTA.



MÚSICA.

Alzaos del sepulcro
Los que dormís en paz.



Aun se oyen vuestros cánticos
Gloriosos resonar,
Sobre las alas rápidas
De las centurias van;
De vuestros nombres ínclitos
La lumbré celestial
El mundo por sus ámbitos
Iluminando está.
Alzaos del &c.



Ni ingrata á vuestro espíritu
 La patria desleal
 En vuestros secos mármoles
 Os dejará posar.
 Con vuestra fama espléndida
 Feliz se ufanará
 Si acuerda á vuestras ánimas
 origen inmortal.

Alzaos del sepulcro
 Los que dormís en paz.

Abrense las puertecillas del escenario, cada cual á su turno, dejando ver una débil aureola de luz, simbolo de la gloria, y se presenta á su vez HOMERO, VIRGILIO y SHAKSPEARE coronados de laurel, apareciendo sus nombres sobre sus respectivas puertas en letras de luz y conforme van presentándose.

HOMERO.

¿Quién á luz torna mis desiertos ojos?
 ¿Quién música tan dulce en mis oídos
 Vierte, y á vida vuelve mis despojos
 En el abismo de la sombra hundidos?

Oigo una voz mas suave y halagüeña
 Que las aguas del Xanto y del Eurotas,
 Que de mi patria la ilusion risueña;

¡Memorias dulces por la muerte rotas!

Alcanzo en el espacio vagarosos
Ricos de gloria y varios en colores
Ir en monton espíritus famosos
Cantando al par su religion y amores.

¡Quiénes son esos héroes que embozados
Van en tropel, y nacen de una lira
Cuyos cantares con vigor lanzados
De mi Grecia el espíritu no inspira?

No conozco sus faces escondidas
Tras de los cascos que los rayos doran,
Ni comprendo sus trovas confundidas
Con plegarias al Dios á quien adoran.

No van á los Elíseos por descanso,
Ni á Júpiter invocan, mas su acento
Baja solemne y armonioso y manso
Por la region del azulado viento.

¡Cantad, héroes, cantad! que mis oídos
Os oyen con placer, y el alma mia
En vuestros sonos va desconocidos
Á torrentes bebiendo la armonía.

Yo os escucho, cantad; mi largo sueño
Meceis con vuestra voz: ¡cisnes estraños!
Verted deliciosísimo beleño
En el insomnio de mis luengos años.

VIRGILIO.

Yo oí de entre las hojas de mi laurel sonoro
Brotar de un harpa nueva el inspirado son,

Y desperté sintiendo de sus bordones de oro
Los misteriosos ecos herirme el corazon.

No fue, sin par Homero, la voz de tus valientes
Ni el himno de tu Grecia la música que oí;
Sus notas son mas graves, y escitan reverentes
Memorias religiosas con que jamas viví.

No adornan sus misterios los mirtos de Cartago,
La voz de las Sibilas, ni el carro del amor,
De Venus las palomas, ni de Caron el lago;
Ni el porvenir de Roma, á quien fingí mejor.

Mas yo mientras escuche las notas de esa lira
No quiero de mi lecho volver al cabezal;
Quien quiera que tú seas, quien con tu voz suspira,
Tu canto no interrumpas ¡oh Bardo celestial!

Te escucho, y tu armonía dulcísima me suena
Como la voz lejana del espumoso mar,
Como el susurro manso de la floresta amena
Y el ala de la garza que empieza á remontar.

La sombra de los olmos en la abrasada siesta,
De un límpido arroyuelo el desigual rumor,
No son para el viajero que á reposar se apresta
Cual para mí son dulces tus cántigas de amor.

Sí, canta, y de mi gloria con reverente oído
En mi mortal insomnio tu voz escucharé,
Y aromará mis sueños el plácido sonido
De tus palabras bellas que comprender no sé.

SHAKSPEARE.

Yo oí su voz primera descendiendo

Á esta mansion de sombra y de reposo,
Y allá en el alma el porvenir midiendo
Miré á lo lejos y alcancé un coloso.

Yo te conozco bien, hijo del canto,
Yo comprendo la voz de esas quimeras
Que en un delirio misterioso y santo
Lanzas al mundo de quien nada esperas.

¿Quién resiste tu voz? Lanzada al cielo
Te franquea sus puertas eternas;
Lánzala al viento y detendrá su vuelo
Al vivo lampo de sus mil fanales.

El averno, la mar, y el orbe todo
De tu arpa cede al colosal imperio;
Sí, cuanto existe de insondable modo
De su existencia te mostró el misterio.

¿Quién como tú? los mundos á tu orden
Ante tus ojos obedientes giran,
Átomos son que hierven en desorden,
Y á tu voz nacen y á tu voz espiran.

Soplas sobre ellos, y á tu soplo viven;
Si necesitan voz, les das tu acento;
Si forma, de tus manos la reciben;
Si atributos, les das tu pensamiento.

Eres un manantial rico y fecundo,
Tu lengua es un torrente de ambrosía,
Tu mente radia como el sol, y el mundo
Al son de tu palabra se estasia.

De águila son tus ojos; son tus alas
De ardiente querubin; á las tormentas
En el impulso de tu vuelo igualas,

Y á reposar en el cenit te sientas.

Alli sueltas tu voz, y alli á tu canto
El curso de los astros se suspende ;
Dios te envuelve en las orlas de su manto,
Y en su divino espíritu te enciende.

Sacerdote de Dios cantas su gloria,
Bardo de religion tú la penetras,
Tu patria diviniza tu memoria,
Y los sabios aprenden de tus letras.

Canta, y en tanto que tu genio aborte
De místicos fantasmas luenga tropa,
Á la sombra inmortal de su cohorte
Yo dormiré, y aplaudirá la Europa.

ESCENA QUINTA.

HOMERO. VIRGILIO. SHAKSPEARE. LA
CRÍTICA.

LA CRÍTICA.

(Ni del reposo y la muerte
En los brazos dormirán;
Yo amargaré cuanta gloria
El universo les da.)

¡Há de los que alzan la frente
Del mundo á la vanidad,
Yerbas que brotais al soplo
De vuestro orgullo no mas;

Tan solo vuestra demencia
Vosotros divinizais!

¿De qué sirve á quien le escucha
Vuestro sublime cantar?

Esas creaciones grandes
Que encareceis con afan
Solo son necios delirios
Incomprensibles asaz.

¿De ese cantor os arrulla
El cántico celestial?
Porque escuchais solamente
Su monótono compas.

Asi es el ruido del viento,
Del agua asi el son fugaz,
Á su murmullo se duerme,
Mas no se entiende jamas.

ESCENA SESTA.



HOMERO. SHAKSPEARE. VIRGILIO. LA CRÍ-
TICA. CERVANTES.



CERVANTES.

¿Quién con tan negras palabras
Llega á esta mansion audaz,
Que de mi sueño de marmol
Me viene asi á despertar?

LA CRÍTICA.

La Crítica soy juiciosa,
En cuya balanza igual
Se equilibran los tesoros
Que debe la ciencia dar.
Yo por el bien de los hombres
Estoy en vela tenaz,

Y les marco los caminos
Por do salir sin errar.

Yo les aparto los brezos,
Yo les enseño ademas
Dónde estan los precipicios
Y los escollos do estan.

Yo voy con mi clara antorcha
Guiando su ceguedad,
Y caen los que no me siguen
Á cada paso que dan.

Sin mí no hay nada perfecto,
Sin mí no podeis hallar
Ni lo justo, ni lo hermoso,
Ni la luz, ni la verdad.

Calderon, á quien ufanos
Fénix del arpa llamais,
No supo sin mis auxilios
Sino caer y tropezar.

Y pues quereis como al Genio
Divinizarle, mirad
Que es perfeccion lo divino,
Y que quien yerra es mortal.

Y esto os dice quien lo sabe,
Que no aumento al afirmar
Que aun Dios al hacer sus obras
Me las consulta quizás.

CERVANTES.

Yo te conozco, quién eres

Sé bien, y de mí ocultar
No puedes lo que tu envidia
Dicta á tu lengua infernal.

Crítica, tú eres un monstruo
Solo de envidia capaz,
Tu lengua mana veneno
Y en hieles bañada está.

Pero no puede los bordes
De los sepulcros pasar,
Y aquí no tienes oídos
Para tu canto mordaz.

Aparta, pobre sirena,
Que has olvidado el cantar;
Huye, hermosura caduca,
Que has perdido tu beldad.

Tú tienes torpes las manos,
Y las alas con que vas
Volando, tan solo pueden
Tu cuerpo vil remolcar.

Aparta, lince sin ojos,
Que lo que no puedes ya
Ciega entender por tí misma,
Lo tienes que preguntar.

Aparta, cuervo engrëido,
Que pavonéandote vas
Con las plumas que recoges
En pós de la garza real.

LA CRÍTICA.

¡ Oh, sí! vosotros quisierais
 Al corazon engañar,
 Mas yo quiero recordaros
 Algo de la realidad.

Homero, tú que cantando
 Hiciste á Grecia inmortal,
 Para alimentarte en Grecia
 Tuviste que mendigar.

Virgilio, tus ricos cantos,
 Que á Homero te hacen igual,
 Son el incienso que el Cesar
 Te hizo á sus plantas quemar.

Cervantes, la misma tierra
 Que ahora estátuas te da,
 Miserable y calumniado
 Te vió morir sin piedad.

Ni Shakspeare vigoroso
 Ni Calderon...

CERVANTES.

Basta ya;
 Mi patria es grande y no puede
 Ni confundir ni olvidar.

(*Música lejos.*)

VIRGILIO.

¡Silencio! ya resuenan los himnos inmortales
 Á cuyo justo y santo y poderoso son
 Sus quicios de oro rompen las puertas celestiales,
 Y al Genio dan camino por su imperial mansion.

HOMERO.

Desciende, de tu gloria la frente coronada,
 Baja á la arena olimpica, ¡oh atleta triunfador!
 Ven á dejar tu lira sobre el laurel colgada,
 Cuya tranquila sombra te enjugará el sudor.

SHAKSPEARE.

Cantor de los misterios que ciega no comprende
 De Grecia ni de Roma la inspiracion gentil,
 Los ojos á tu origen divinizado tiende,
 Tú tienes en tu patria un trono de marfil.

De Dios siendo en la tierra la soberana hechura,
 Derechos inmortales tenemos hácia él;
 Ven á gozar tu gloria sobre la lumbre pura
 Que radia su semblante y entolda su dosel.

CERVANTES. (*A la Critica.*)

Y tú que nunca descansas
 Y que á todos aconsejas,

Ven á presenciar su gloria,
Si con su gloria no ciegas.

Hoy que le conoce España,

Y que grande le confiesa,

En la divina familia

De los inmortales entra.

Y aquí del mezquino mundo

Las tempestades no llegan,

Ni de la envidia los dardos

Emponzoñados penetran.

Que las estrellas no alumbran

Por donde el sol reverbera,

Ni suben las golondrinas

Donde las águilas vuelan.

Vé á contar esto á la España,

Y si su amor les conserva

Á los hijos que la ilustran

Con sus armas ó sus letras,

Ni necesita extranjeros

Que la enseñen, ni defiendan,

Ni ha de faltarla lidiando

La libertad, ni la tierra.

CRÍTICA.

Sí que la diré...

ESCENA ÚLTIMA.



*Aparece EL REPOSO, y desaparecen HOMERO,
VIRGILIO, SHAKSPEARE y CERVANTES por sus cor-
respondientes apariencias.*



EL REPOSO.

¡Silencio,
¡Crítica! tus labios sella,
Venda tus ojos, y escucha
De rodillas muda y ciega.

Que del Genio á quien su patria
Agradecida venera,
Donde le labran su tumba
Su Apoteósis empieza.

*Transformacion magnífica de Apoteósis al
son de un himno triunfal á órgano y orquesta.*

La CRÍTICA de rodillas; en un pedestal de-

corado con insignias de triunfo LA SOMBRA DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA, de cuerpo entero, coronada de laurel, y mostrando la cruz de Santiago, de quien fue caballero. A la derecha un símbolo de los Autos Sacramentales en una alegoría que remata con la cruz, y sembrada de palmas, en cuyas hojas se leerán los títulos de los mejores Autos.

La nave del mercader.

La divina Filotea.

La cena de Baltasar.

Las espigas de Ruth.

El laberinto del mundo.

El divino Orfeo.

La cura y la enfermedad, &c., &c., &c.

A la izquierda otra alegoría coronada por el amor y orlada de atributos profanos, donde se lean títulos de las mejores comedias de CALDERON.

La dama duende.

La vida es sueño.

La niña de Gomez Arias.

El escondido y la tapada.

El jardín de Falerina.

La devoción de la cruz.

El alcalde de Zalamea.

Las tres justicias en una.

Tú puedes ver el alba nacer junto á tu frente,
 Tú puedes con las nubes por los espacios ir:
 Tu gloria es mas brillante que el sol en el oriente,
 Mas grande que los tiempos tu inmenso porvenir.

Las aguas &c.

El mundo rueda henchido de ardientes creaciones
 Que de tu mente rica la inmensidad lanzó;
 Y el aura vaga llena de los brillantes sonos
 Que de tu sacra lira la inspiracion brotó.

Las aguas &c.

Los astros y los montes, las aguas y los vientos,
 Las fieras de la selva, los peces de la mar,
 Vinieron convocados al son de tus acentos
 De Jehová infinito las glorias á cantar.

Las aguas &c.

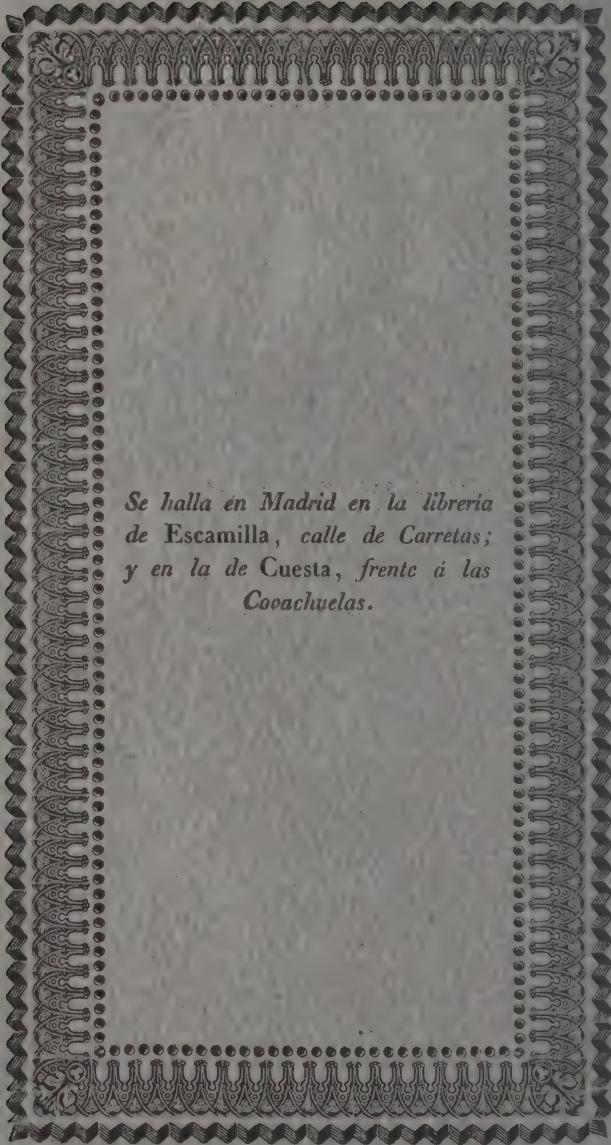
Y montes, aguas, astros, y peces, aire y fieras,
 Recuerdos de tu gloria sin término serán;
 Y en las remotas playas y edades venideras
 Por do se encuentre vida tus cantos vivirán.

Las aguas &c.

Ven á ocupar tu trono, rey harto de victoria,
 Ven á tomar tu lira, ¡oh ardiente Serafin!
 Y beberás eterno las aguas de la gloria
 Delante del santuario del que será sin fin.

Las aguas &c.

FIN.



*Se halla en Madrid en la libreria
de Escamilla, calle de Carretas;
y en la de Cuesta, frente á las
Covachuelas.*

SHELF No.

BOSTON PUBLIC LIBRARY.

Central Department, Boylston Street.

One volume allowed at a time, and obtained only by card; to be kept 14 days without fine; to be renewed only before incurring the fine; to be reclaimed by messenger after 21 days, who will collect 20 cents, beside fine of 2 cents a day, including Sundays and holidays; not to be lent out of the borrower's household, and not to be kept by transfers more than one month; to be returned at this Hall.

Borrowers finding this book mutilated or unwarrantably defaced, are expected to report it; and also any undue delay in the delivery of books.

* * No claim can be established because of the failure of any notice, to or from the Library, through the mail.

The record below must not be made or altered by borrower.

[illegible]

